

BUEN HUMOR



Primavera. Ayuntamiento de Madrid

Dib. RIBAS. — Madrid.

— ¿Sacará plaza en Correos Arturito? ¡Sí..., no..., sí..., no...!

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos hoy la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su correspondiente cupón. Y como también hemos repetido varias veces, concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

¡Es mucha Manuela!...

—... luego tomé una manuela por horas, y pasé la gran tarde.

—¡Yo, en cambio, hace diez años que tomé una Manuela para toda la vida, y a las cuarenta y ocho horas ya estaba harto de ella!

A. OREDOR. — Madrid

— ¿Quién es el actor que ha tenido más caballos?

— Carreras. ¡Quién no ha visto un caballo de carreras!...

EL CHICO DE LA ESCUELA.

La herencia del tío.

— ¡Enhorabuena, chico! Ya sé que tu tío el astrónomo te instituyó su heredero universal.

— Efectivamente, así fué.

— Y ¿qué has heredado?

— Pues un reloj de sol; un armario de luna; varios retratos de la Chelito, de la Cachavera y de otras varias estrellas; cuatro kilos de tocino de cielo; dos cometas de papel, y un acreedor de mi difunto tío, que es ahora mi eterno satélite.

— Pues veo con sentimiento que no te ha dejado ningún mete-oro.

A. OREDOR. — Madrid.

En una tertulia.

Una señora que lleva un rato largo hablando, dice:

— Los hombres son injustos siempre. ¿Por qué mi yerno ha de decir que soy como un mozo de cuerda? ¿En qué se parecen a mí?

— En que cargan — dice uno de la tertulia.

SÁNCHEZ JADRAQUE.

Un buen partido.

— Oye, Elena, ¿tú sabes qué es el novio de Purita?

— Ella dice que es cuentacorrentista del Banco; pero yo le he oído decir a mi padre que es treinta-y-cuarentista del Casino.

A. OREDOR. — Madrid.

Un amigo mío encontró ayer un pedazo de hierro puntiagudo al servirse la comida. Llamó a la cocinera y le dijo:

— ¿Qué significa este proyectil?

— ¡Como me dijo la señorita que a usted le gusta el clavel!...

SÁNCHEZ JADRAQUE.

— ¿Por qué no regresan los prisioneros a España?

— Porque, como son tantos, tienen que esperar a que ensanchen el Estrecho.

JULIO DURANTE. — Madrid.

— ¿Por qué te asombra tanto ese San Cristóbal?

— Estoy mirando que lleva el mundo a cuestras, y no concibo en dónde apoya los pies.

RAUL B. — Madrid.

Entre amigos.

— ¿A que no sabes el parecido que existe entre un elefante y una cama?

— ¿...?

— Pues en que el elefante es paquidermo, y la cama paqui... duermas.

ALFONSO MUÑOZ. — Madrid.

— ¿Por qué lleva Lerroux los tirantes rojos y Cierva los usa blancos?

— El primero, para que no se le caigan los pantalones; y el otro, para sujetárselos.

JULIO DURANTE. — Madrid.

Lo que más gusta de los toros a los extranjeros.

A los portugueses: ver a un torero matar un toro d'Almeida... estocada.

A los japoneses: el público cuando corea.

A los chinos: las mujeres con mantilla blanca, porque dan el opio.

A los ingleses: donde están los caballos, porque es-cuadra.

A los franceses: a unos, ver a un matador que se corta una mano con el estoque, porque dirá: Abur-deos; y a otros, los cabestros, porque ¡Tolón..., Tolón!...

A los turcos: los picadores, por la mona, sinónimo de turca.

A los alemanes: los pares al cambio, por si se arreglan sus marcos.

A los italianos: los toreros que tengan la nariz roma.

A los norteamericanos: ir a la plaza en moto, porque ¡Taft..., Taft!

A los moritos: Guerra.

A los austriacos: el cambio de suerte.

A los nacidos en Suiza: que llueva,

porque los suizos mojados es como están mejor.

A los rusos: cualquier localidad, menos la barrera, por tener al-ambre delante.

A los egipcios: ver hacer una faena piramidal.

A los griegos: la velocidad en la transmisión de los resultados de las corridas, esto es, por la telegrafía sin hilos, que, como se sabe, es por medio de Atenas.

Y a todos los que se dedican a hacer bocadillos en este pícaro mundo: las harpilleras, como idea la más original para conservación de los fiambres.

LEONARDO ORDOÑO. — Madrid.

En la cola de un estanco.

Un señor, dirigiéndose al que va detrás de él:

— Oiga, ¿usted se llama don Lunes?

— No, señor; ¿por qué lo dice usted?

— Porque va usted detrás de mí, y yo me llamo Domingo.

SÁNCHEZ JADRAQUE.

— ¿Por qué ha dicho usted que salió Colón disgustado a descubrir América?

— Pues porque fué a embarcar a Palos.

PERICO EL DE LOS PALOTES. — Criptana.

— Padre Lucas, ¿cuál es el ave mejor?

— Para rezar, el Ave Maria; para comer, el pavo.

RAUL B. — Madrid.

Viendo pasar una buena chiquilla.

UN GOLFO. — ¡Gachó, qué andares!

OTRO. — Amos, tú, que no se dice andares, se dice anduvieres.

PERICO EL DE LOS PALOTES. — Criptana.

— ¿Le gusta a usted Fleta?

— Muchísimo, ¡guapo mozo! ¿Por fin le dieron la cruz de Beneficencia?

— Creo que sí. ¿Debe de ganar horrores?

— Sí; dan en decir que gana las pesetas por la cara, la cruz y por el canto.

LICENCIADO VIDRIERA. — Bilbao.

— ¿En qué se parecen los estudiantes malos a los ríos?

— En que siguen su curso sin abandonar el lecho.

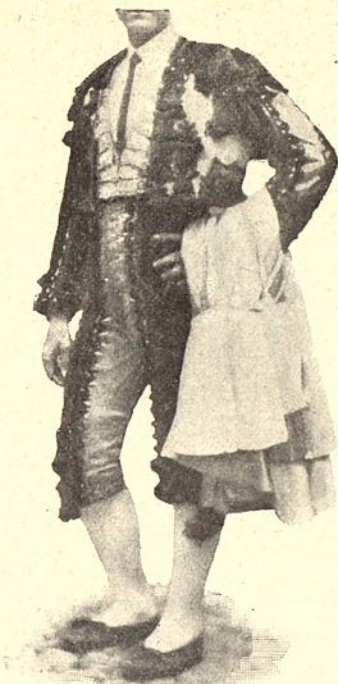
JULIO DURANTE. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Felito**.

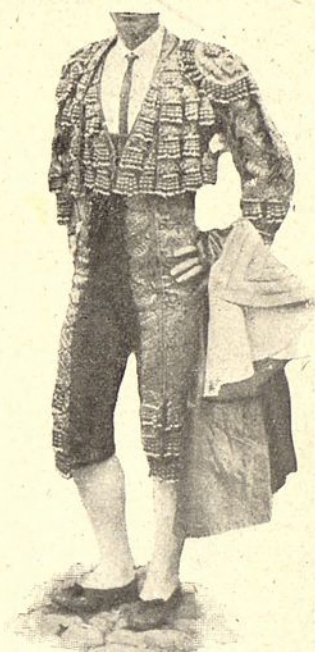
CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"



¿.....?



¿.....?



¿.....?

Se trata de averiguar quiénes son estos tres toreros, matadores de toros los tres, y los tres de categoría.

A todos los lectores que acierten y nos envíen, con el cupón inserto en la página 21, el nombre de los tres diestros, les concederemos como premio **una barrera de sombra** para todas las corridas en que actúe durante el presente año cualquiera de los tres, hasta ahora, incógnitos matadores.

Antes de que empiece el calor, haga usted provisiones de los famosos Polvos insecticidas de

LEYER Y COMPAÑÍA

Es un consejo que nos agradecerá usted cuando disfrute tranquilamente de las delicias veraniegas.



Hasta los más tontos
Saben que el
JABÓN HENO DE PRAVIA
es el más suave y aromático del mundo.

PASTILLA 1.50

PERFUMERIA GAL - MADRID

HOMENAJE A LÓPEZ



El gran éxito alcanzado por la nueva alta comedia de don Procopio Romanos, el admirado maestro, ha servido de oportuno pretexto a la docena de intelectuales que subscriben estas líneas para organizar en honor del eximio dramaturgo un banquete, que se celebrará en Botín Palace el próximo domingo, a las dos de la tarde. Después del ágape, los comensales serán trasladados en un autocamión al teatro Ibsen, donde se habrán reservado palcos suficientes para que todos los amigos del esclarecido escritor puedan asistir a la séptima y última representación de *Madama Frivolité*, la maravillosa obra de Romanos, genial creación de la eminente actriz Dolores Latiguillez.

«Las tarjetas, al precio fijo de veinte pesetas (20), pueden adquirirse en la Secretaría de este Círculo y en la librería de Pegote, el filántropo editor, que ha ofrecido su desinteresado concurso a la Comisión. — J. López. — F. Pérez. — N. Sánchez.» Y siguen las firmas hasta completar la docena.

La chabacana redacción de aquella proclama me hizo reír un buen rato; pero pronto torcí el gesto, al darme cuenta de que mi amistad con el gran... Romanos me obligaba a un gasto inútil de veinte pesetas (20), para acabarme de estropear el mes. La amistad, ¡ah, la amistad!...

Y, heroico, firmé...

Y adentréme luego en el saloncillo con el decidido propósito de proponer a

cualquiera una vaca al siete — mi número favorito —, siempre que me garantizase el *croupier* su buena y honrada intención de hacer trampa a medias. Porque sólo con un *pleno* a tiempo podía salvarme del compromiso contraído con los *intelectuales*. Créanme ustedes: eso de las adhesiones epistolares está ya muy desacreditado. Es muy explicable: cuando se leen las cartas de adhesión, la concurrencia se encuentra en plena lucha hiperclorhídricodigestiva, y nadie hace caso del adherido por continental.

Han pasado cuatro días. En la

misma fatídica mesita del casinesco vestíbulo, he leído lo que sigue:

«No menos que un banquete merece la labor patriótica y cultural que, desde el elevado sitial de su cátedra, realiza el ilustre farmacólogo don Simeón Mortero y Machaca, insigne autor de la obra de universal fama *El bicarbonato de sosa como calmante del dolor de estómago*; y los abajo firmantes, teniendo en cuenta tan relevantes méritos, han proyectado una comida íntima en la *brasserie* de La Concha, para el jueves veintitrés de los corrientes, simpática fiesta que demostrará al sabio químico la gran admiración que su talento didáctico ha producido en el mundo intelectual.

«Pueden adquirirse las tarjetas, al precio de diez y ocho pesetas, en Secretaría.

»NOTA. — Se servirá bicarbonato a discreción. — J. López. — H. Fernández. R. Gil.»

Y después de sonreírme de la sabiduría del homenajeado, he tenido que estampar mi firma al pie de tan curioso documento. Luego, como ya me he retirado del vicio, porque el siete es decididamente un número primo y siniestro, me he largado al Monte con mi gabán.

Todo sea por la ciencia.

Y han pasado otros cuatro días.

Al entrar en el Círculo, embutido en una miserable gabardina que tiene más zurcidos en los codos de los que decentemente deben lucirse, he notado que la mesita de los sablazos no ofrece su acostum-



Dib. SILENO. — Madrid.



EN UNA EXPOSICIÓN

Dib. IZQUIERDO DURÁN. — Madrid.

EL ENCARGADO. — Ésta es la más elogiada por la crítica. ¡Como ven los señores, no tiene pies ni cabeza!...

brado pliego del banquete diario. Eso, y el acordarme de que el señor López es siempre el primer firmante de todos los sacadineros, ha sido todo uno...

— ¡Casa!... Tráeme un pliego de papel de barba; en seguida, corriendo...

Se me ha ocurrido algo diabólico. Y he largoplumeado de esta suerte:

«Homenaje a López. — Nadie desconoce los méritos inadjetivables del gran López, incansable y afortunado iniciador de todos los banquetes que se organizan en este culto Casino. Como es de suponer que todos los socios sienten una gran admiración hacia tan...»

No he podido continuar. Tenía el pensamiento de proponer un *The Fastid-hies* — con pedrea de pastas y algunas tartas y tortas — en honor del majadero entrometido, para burla y escarnio de su crónica y desesperante manía de organizar banquetes con el único fin de figurar en algo; pero, repentinamente, heme encontrado asido del brazo derecho, y al volver la cabeza me he topado con el señor López en persona, que me decía melosamente:

— ¡Oh, gracias, muchas gracias, querido!... Pero..., pero usted no entiende, claro está, de estas cosas, y... si no tiene usted inconveniente, yo

BUEN HUMOR

mismo lo redactaré y usted firma, ¿quiere?

Me anonadó su cinismo.

Y terminé de asombrarme cuando oí nuevamente la voz acariciadora del sempiterno cobista insinuándome:

— Más adelante..., ¡se lo prometo formalmente!..., yo le organizaré otro banquete a usted...

Mañana me voy al Tercio.

NARCISO GRIFOL.

¡VENGA MI GATO!

— ¡Necesito cinco duros!

Al acabar de pronunciar estas palabras, Antonio se llevó las manos a la cabeza y se la apretó de tal manera y con tal fuerza como si pensara sacar el dinero de lo alto de la coronilla.

— ¡Cinco duros necesito!

Y ahora, en vez de apretársela, se rascó con furia. ¿Hemos dicho con furia? Pues no, señor; más que con furia, con saña, con violencia, con crueldad, como si debajo de su revuelta pelambre tuviera una mina.

— ¡Ah!...

Podemos asegurar al lector que Antonio exclamó: «¡Ah!», e inmediatamente se puso en pie, cogió una silla, se subió en ella, y un momento después tenía en su mano un bonito reloj de cuco.

Antonio, aunque no había dejado de respirar, respiró ahora con más fuerza, como si tuviera intención de llevarse en los pulmones todo el aire del gabinete.

Cogió una capa, se la colgó en los hombros y tapó con ella el reloj. Unos cuantos pasos más, y ya tenemos al joven en un pasillo de la escalera.

— ¡Mi padre!...

En efecto: Antonio había visto a su padre que subía. Sonrió, y apretó sobre su costado la caja del reloj.

— ¿Adónde vas?

— ¡Pschl!... ¡Al café!...

— ¿Tan temprano?

— No es tan temprano.

— ¡Serán las dos!

Las dos eran, porque en aquel momento sonó un ruido debajo de la capa: «¡Cu..., cul!...»

Tosió Antonio, arrastró los pies y quiso formar bulla hablando alto; pero volvió a oírse, claro, limpio, el «¡Cu..., cul...»

Cambiaron de color el padre y el hijo. El padre tiró de la capa..., y (La escena que pasó entre padre e hijo, no es para descrita. Un rato después, Antonio estaba en el gabinete rumiando: «¡Necesito cinco duros!»)

Ahora cogió al gato negro, de tiosos bigotes, de movimientos lánguidos y de brillantes ojos. Le acarició, y agarrando de nuevo la capa y pasándole la mano casi al mismo tiempo al gato, operación difícilísima, le envolvió en el paño azul, y ya nuestro héroe está de nuevo en la escalera.

«¡Miaul!»

Es lo que acostumbran a decir estos felinos, lo mismo cuando están en el alero aguardando pacientemente a la gata esquiva, que cuando van envueltos en una capa. Así llegó el joven con el gato a una casa de esas conocidas con el mote de compraventa.

Allí, como en otras partes, era Antonio muy conocido. Se arrimó el joven al mostrador con el bulto, y por el lado opuesto se acercó también el usurero.

— ¿Qué traemos?...

No acabó de hablar. Antonio había destapado el gato, y el animal pegó un brinco por encima de la calva del usurero, y éste pegó otro al verse frente a la enfurecida ali-ma-ña.

— ¡Cinco duros! — gritó Antonio.

— Pero, hombre, por Dios, ¿no tomamos gatos!

Allá, en todo lo alto de la estantería, entre un viejo acordeón y un par de botas, había buscado refugio el gato. Allí brillaban como dos ascuas sus ojos.

Rogó, suplicó Antonio, quiso enternecer el corazón del usurero; pero siempre, siempre encontraba la misma respuesta:

— ¡No tomamos gatos!

— Está bien, señor... Entonces, ¡venga mi gato!

Fué el prestamista al gato y el gato se fué sobre el prestamista. Gritó el prestamista, y mayó el gato.

Acudió un dependiente, que fué recibido con el conocido «¡Fu, fu!» y algún que otro «¡Miaul, ¡miaul!» trágico y agresivo. Y todos corrían,

mientras Antonio, tranquilo, repetía su cantinela:

— ¡Venga mi gato!

— ¡Si no tomamos gatos! — gritaba el usurero.

— Por eso lo he traído, porque no lo toman ustedes...

Y en lo alto de una cornisa, con las uñas fuera y los ojos brillantes, quedó el gato amenazando herir al audaz que se le arrimara.

Y Antonio se llevó los cinco duros.

JULIO ROMANO.



Dib. BRADLEY. — Madrid.

— ¿Qué te ha dicho el doctor, mamá?

— Pues que tu marido no tiene nada de particular, y que a ti te encuentra bastante bien.

EL BÁRBARO CRIMEN DEL PASEO DE LOS OCHO HILOS

DESCUBRIMIENTO DE LOS ASESINOS

Nuestro triunfo.

¡Por fin acaban de ser descubiertos los autores del nefando asesinato que ha tenido preocupada a la opinión durante veintidós días!

No sin emoción hemos escrito las anteriores líneas. Al fin y al cabo,



FRANCISCA MERLO

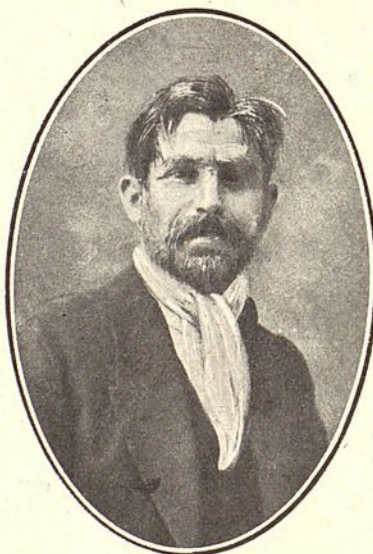
cupletista principiante y madre de familia reincidente, acusada como inductora del crimen, y anteriormente condenada por los Tribunales por cantar canciones en un cabaret de Arenys de Mar.

constituye la detención de los criminales un triunfo de BUEN HUMOR, que es el que ha dado la pista (y el que tiene derecho a darse el pisto) y el que ha sugerido a la Policía la conducta que debía seguir para llegar al esclarecimiento del misterio que rodeaba al atroz delito.

Nuestro éxito ha sido superior a nuestras esperanzas; y animados por tan lisonjero resultado, avisamos amablemente a los señores asesinos de profesión que en los futuros crímenes que se cometan procuraremos descubrirlos, a no ser que nos den algún dinero para que nos estemos quietos (lo que se

llama cobrar por no trabajar..., sistema seguido por casi todos los ministros...), en cuyo caso nos abstendremos y dejaremos el asunto para que lo resuelvan los agentes de la autoridad, con lo cual no hay ni que decir que los autores de los crímenes podrán considerarse mucho más seguros y estar mucho más tranquilos que nuestro querido amigo particular el Emperador Carlos V en su tumba, a quien nadie molesta y de quien ninguno tiene la menor sospecha.

Realmente, el asunto del hallazgo de los asesinos ofrecía dificultades insuperables. La cosa estaba obscura como negocio de concejal, y dura de pelar como la barba y cabeza de Valle-Inclán; pero BUEN HUMOR, perseverante como Melquiades



OLEGARIO MATA

uno de los asesinos del infeliz matrimonio, que ya ha confesado su participación en el crimen.

Alvarez (que no se desengaña nunca de que le están tomando el pelo), incansable como García Prieto (que no se cansa de pedir el Poder), y sin temer a los fracasos como Maura (que le dan una silba y se ríe de los peces irisados de todos los estanques); BUEN HUMOR, repetimos, juró vencer las dificultades, esclarecer la obscuridad y resolver

el magno problema, y el más completo triunfo ha coronado sus esfuerzos.

Y como nuestros lectores no deben ignorar los detalles que han precedido al descubrimiento del misterioso crimen y a la detención de sus autores, vamos a explicar sucintamente en esta información todas las fases por que han pasado nuestras interesantísimas pesquisas.

La cupletista.

Apuntamos en nuestro número pasado la sospecha de que la cupletista Paca Merlo *la Nueva Goya*, que acababa de enriquecer el censo de población de Madrid con un nuevo habitante, no era ajena a la tragedia. Nos fundábamos en el hallazgo de una caja de cerillas, de la cual faltaba únicamente un mixto, y que, como recordarán ustedes, nos guardamos en el bolsillo. Pues bien: al salir del domicilio de la gentil *chanteuse* llamé nuestra atención un individuo negro que, parado frente a la casa, hacía inauditos esfuerzos por encender una cerilla con la que dar fuego a un puro que tenía en los labios. Su pretensión



DOMINGO GORDO

el otro asesino de los sordomudos. Lo mismo que el llamado Mata, el Gordo ha dicho que también tenía participación.

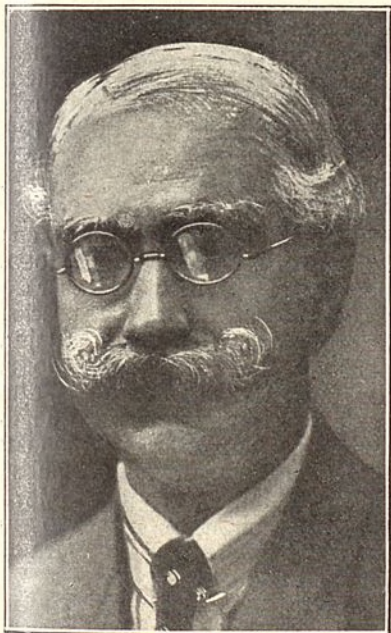
no llevaba camino de realizarse, porque las cerillas, con rara unanimidad, se apagaban todas en el momento de la reunión con el puro. Entonces nosotros intentamos en-

cender una de las de la caja hallada en casa de la Nueva Goya, y el resultado fué igualmente nulo. Nuestro estupor no reconoció límites: indudablemente ambas cajas de cerillas procedían de un mismo lote.

Allí podía haber una pista, y era necesario no abandonarla.

En aquel momento apareció en el portal la portera de la finca, y la interrogamos para saber si había visto al negro aquel alguna vez. Su contestación fué afirmativa. El negro era visita de la cupletista, y hacía siete horas que había salido de la casa, empleando todo ese tiempo en pretender encender el cigarro habano que hemos mencionado.

No quisimos saber más, y nos pusimos en observación detrás de



DON AGUSTÍN ARGÜELLES

una de las víctimas del repugnante asesinato. Nos han asegurado que éste es el último retrato, y no lo dudamos, porque, después de lo sucedido, no creemos al pobre don Agustín con humor para hacerse una postal.

un corpulento árbol de los pocos que en Madrid ha dejado en pie la Empresa del Metropolitano.

Un nuevo personaje.

El negro consumió la caja y consumió su paciencia sin lograr empezar a fumarse el puro; y con un gesto de furor, que nos reveló un



TIMOTEO CASQUETE

guardia de Seguridad número 13.131 (capicúa), que detuvo a los asesinos, por casualidad, en la plataforma de un tranvía de Leganés.

carácter brutal, avieso y formidable, arrojó al suelo el cigarro y emprendió la marcha hacia la glorieta de Atocha.

Recogimos el habano por si podía servirnos de pieza de convicción, y, en último término, por si podíamos fumárnosle nosotros, y seguimos los pasos del negro. Mientras caminábamos, íbamos pensando en la manera de encontrar el mixto que faltaba de la caja, tarea ardua y colosal que hubiera espantado al propio Sherlock Holmes. Al llegar a la glorieta de Atocha, se detuvo el negro frente a un quiosco de bebidas, y le oímos que preguntaba al tabernero:

— ¿Vino Pérez?

El tabernero le hizo seña de que no, y preguntó a su vez al negro:

— ¿Vino blanco?

Y el negro contestó afirmativamente, siéndole servida una copa, que se bebió con avidez.

A los pocos momentos se acercó al quiosco un nuevo personaje vestido de negro..., pero que era rubio, y se abrazó cariñosamente con el negro, que acababa de beberse el blanco, y que habíamos olvi-

dado decir que iba vestido de gris... Empezaron a hablar en voz baja, pero con vehemencia y agitación, hasta que una frase que profirió el recién llegado, señalando a la estación del Mediodía, hirió nuestros oídos y conmovió hasta lo más hondo de nuestras fibras.

La frase era la siguiente:

— ¡¡A ver si podemos coger el mixto!!...

Estas sencillas palabras abrieron un inesperado horizonte a nuestras pesquisas: allí estaba la clave del enigma; y el mixto que tan ansiosamente buscábamos nosotros, parecía encontrarse en aquel momento en la estación del Mediodía.

Pero si aquellos infames lograban coger el mixto, todo nuestro trabajo se venía al suelo. ¿Qué ha-



DOÑA SOL POZAS DE ARGÜELLES

la otra víctima del crimen. Retrato hecho en París hace cuarenta años, en el cual pueden admirarse las exquisiteces de la moda de entonces y la abundancia de tela. Con la de este vestido haría hoy Cadenas todos los trajes de ¡El Príncipe se casa! y un telón nuevo de anuncios.

cer?... Nuestra vacilación duró unos segundos; pero los suficientes para que blanco y negro (que habríamos podido coger en el quiosco donde se estaban vendiendo) estuvieran ya lejos de nuestro alcance...

Les seguimos, no obstante; pero no llegamos sino con el tiempo jus-

to para verles entrar en un coche de primera del corto de Guadalajara, que arrancó a los pocos momentos sin que nosotros lo pudiéramos evitar, por lo cual hicimos nuestra correspondiente protesta ante el jefe de estación.

De la casa del juez a la del crimen.

Desalentados por aquel contratiempo, pensamos visitar al juez instructor del proceso, don Jenaro Bueno, de quien ya hemos hablado a nuestros lectores, para comunicarle nuestras sospechas y nuestros trabajos, tan desgraciadamente interrumpidos.

Un compañero nuestro, abogado él, y amigo del juez, al exponerle nuestras dudas de que se pudiera aclarar el misterio, y al preguntarle si habría alguna persona capaz de solucionar el problema, nos dijo que Bueno... Y, renaciendo nuestra esperanza, nos entrevistamos con Bueno inmediatamente. Lo primero que hicimos fué mostrarle el cigarro puro del negro sospechoso, por si su penetración descubría en él algún indicio delator. Don Jenaro, al ver el habano, nos hizo presente sus atisfacción y su gratitud, y se lo fumó (claro que por una equivocación) en menos tiempo que el que emplea Romanones para armar un lío. Al verle en tan excelente disposición de ánimo, le pedimos permiso para visitar la casa del crimen y hacer observaciones por nuestra cuenta...; y conocida la galantería del digno magistrado, huelga decir que Bueno nos dijo que «¡Buenol», por lo que, fortalecidos con su autorización, nos dirigimos a la casa del paseo de los Ocho Hilos, acompañados de un guardia de Seguridad que, como tenía la misión de ayudarnos en nuestras correrías por el interior de la vivienda de las víctimas, fué designado por el juez con el calificativo pintoresco de *un guardia para andar por casa...* (así lo pidió a la Comisaría).

Lo primero que encontramos en el gabinete que ya conocen nuestros lectores, fueron los retratos del infeliz matrimonio asesinado, los cuales avaloran hoy esta información.

Según personas que conocían íntimamente a los pobres mudos, son tan parecidas las fotografías, *que están hablando*, lo que quiere decir que tienen mucho más mérito y



DON JENARO BUENO

celoso juez de instrucción, así llamado porque no deja vivir a su esposa por si ella distingue con su afecto, y más de lo conveniente, a cierto primo carnal que frecuenta la casa.

mejores condiciones que los originales...

Inmediatamente pasamos al despacho del esposo y vimos sobre la mesa el libro de memorias del sordomudo, permitiéndonos hojearlo y copiando de él estos siguientes y profundos pensamientos: «Albuen callar llaman Sancho». «El dolor, si es sincero, es mudo». «Si Francos Rodríguez se encontrase en mi caso, se habría muerto de un disgusto», y otras luminosas sentencias por el estilo de las transcritas, que revelaban que la víctima era un literato de tanta enjundia como Spencer, y desde luego con más talento que Antonio Paso...

En el momento en que íbamos a dejar el libro de memorias, llamó nuestra atención una nota marginal, escrita con letra microscópica, y con la sorpresa y el asombro que son de suponer, leímos lo siguiente: «Paca Merlo es Paco-merla...»

Al ver nuestra estupefacción y nuestra alegría (porque la frase demostraba que la cupletista era conocida de la víctima), el guardia de Seguridad que nos acompañaba se interesó vivamente y dió a las palabras la versión que sigue:

— ¡Esto quiere decir que Paca no es Paca, sino Paco; y Merlo no es Merlo, sino Merla; es decir, que en vez de una mujer es un hombre!

Nosotros atajamos al egregio guindilla, demostrándole palmariamente que se equivocaba, porque un hombre no puede dar a luz un niño, aunque sea sietemesino, y Paca Merlo había realizado ese acto a la vista de varias personas de la vecindad, de unas cuantas comadres y de un comadrón, todos los cuales estaban dispuestos a atestiguarlo.

La frase quería decir, indudablemente, que Paca Merlo le gustaba un horror al mudo, hasta el extremo de que se la hubiera comido con niño y todo, ésa y no otra debía ser la interpretación del *pa comerla* que figuraba al lado del nombre de la socia...

Pero un nuevo contratiempo vino a amargarnos la alegría que habíamos experimentado ante el sensacional hallazgo, y fué el siguiente telegrama que acababan de enviar de Guadalajara a don Jenaro Bueno, y cuya copia nos envió por un ciclista a la Redacción pocas horas después:

«Llegaron tren corto, doce y cuarenta, individuos sospechosos, blanco y negro, resultando ser dos excéntricos musicales, que precisamente actuaron teatro Guadalajara misma noche asesinato sordomudos. Imposible sean asesinos, aunque aquí asegura público que tocando música sí son criminales. Actúan hoy nuevamente en substitución cupletista Francisca Merlo, que ha rescindido contrato por abandonar *género infimo* para dedicarse al *chico...*»

Detención de los criminales.

El anterior telegrama, que tanto nos desanimó a nosotros, tuvo la virtud de excitar el celo del juez y el de Millán de Priego, y ayer se dieron órdenes severísimas para que fuesen detenidos todos los negros que hay en Madrid; y aunque un agente preguntó si se detenía también a todos los blancos, hubo que desistir de ello, no sin disponerse de personal suficiente.

A primera hora de la noche, y en cierto Círculo de recreo de la Puerta del Sol, salieron nueve negros, uno detrás de otro, y todos conducidos por la policía, en

dirección a la cárcel; pero lo mismo éstos que otros treinta o cuarenta, también sorprendidos por los agentes de la autoridad, fueron en seguida puestos en libertad, por quedar demostrada plenamente su inocencia.

Pero la casualidad se encargó de completar el trabajo comenzado por BUEN HUMOR, y a las diez de la noche eran detenidos los verdaderos asesinos por la inconsciencia de un guardia de mal genio, que en todo pudo pensar menos en que realizaba un servicio de importancia, cosa que no había hecho en su vida.

A dicha hora se encontraba en la plaza de la Cebada un tranvía de Leganés lleno hasta el tejado y con viajeros colgados incluso de los topes.

El guardia capicúa número 13.131 se empeñó en subir a la plataforma delantera, ignorando, sin duda, que hay una ley de impenetrabilidad de los cuerpos (entre cuyos cuerpos figura el de Seguridad), y en virtud de ello aplastó la nariz de un empleado de Hacienda, pisó tres o cuatro callos y perjudicó varias morbideces femeninas. El escándalo que se armó fué de epopeya; los insultos que oyó el guardia, de órdago; y el resultado de la bronca fué que el 13.131 escogió al

azar a dos de los viajeros, porque no podía escogerlos a todos, y se los llevó a la Comisaría por escándalo y desacato.

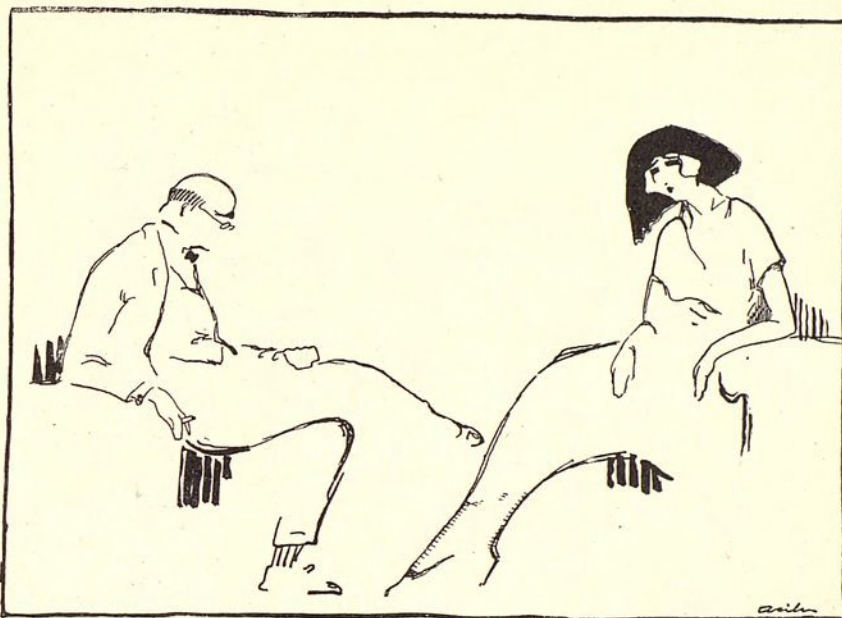
¡Cuál no sería la sorpresa del guardia, de los agentes y del comisario, cuando los detenidos, uno de los cuales era negro, se echaron a

llorar y se confesaron autores del asesinato del paseo de los Ocho Hilos!

Inmediatamente funcionaron los teléfonos, el juez acudió a la Comisaría, el heroico guardia fué felicitado por su comportamiento y propuesto para el ascenso a cabo y para el ascenso a todas las plataformas de los tranvías, y de la primera declaración de los asesinos se vino en conocimiento de los móviles del crimen y de la forma en que había sido realizado.

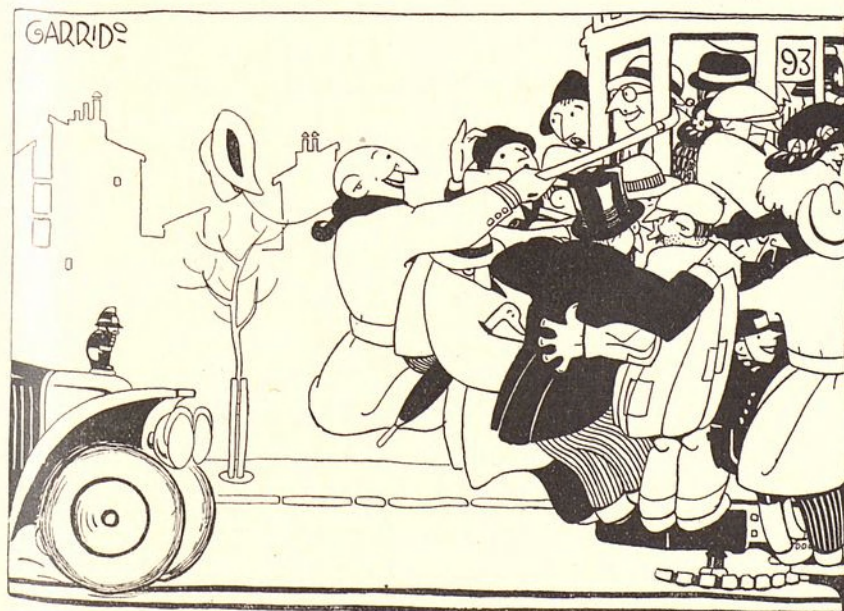
Pero es tan novelesco el relato de los acusados, y tan dramáticas las peripecias del asesinato, que, para no omitir nada de la interesantísima historia de la tremenda tragedia, aplazamos hasta el número próximo la detallada narración de este caso, único en los anales del crimen.

Y por hoy conténtense nuestros lectores con admirar las fotografías de los principales personajes del drama, cuya adquisición nos ha costado grandes fatigas, fuertes dispendios y no pocos peligros, pues la mayoría de los retratos están hechos *con exposición*, y el del guardia, teniendo en cuenta su carácter, con peligro de muerte...



Dib. ACILU. — Madrid.

— Oiga usted, doctor: ¿puede ser perjudicial teñirse el pelo?
— ¡Ya lo creo!... Tengo un amigo que a los dos años de teñírselo se casó.



PLATAFORMA POSTERIOR, OCHO VIAJEROS

Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¡Caramba, señor López!... ¿Usted también vive en Pozas?
— No, querido amigo. Es que me gusta gozar de las emociones fuertes.

Por la información,
ERNESTO POLO

LAS COSAS DE LOS TEATROS

"EL AUTO DE FE"



El *auto de Fe* es una comedia del Sr. Paso. Desde luego, ya se imaginan ustedes que no interviene para nada la Santa Inquisición — aunque debiera intervenir —, ni nos situamos en la Plaza Mayor, ni el Rey D. Felipe revive... Nada de eso.

El auto es un automóvil, sencillamente. Fe es un nuevo rico, que nada tiene que ver con las Virtudes Teológicas...

Se trata, pues, de unas aventuras a base del vehículo propiedad de un sujeto que se llama Fe. Igual podía haberse titulado la obra *El coche de Primera* o *La bicicleta de Piñón Libre*. El propietario del artefacto respondería al nombre de Eleuterio Primera — y después se harían chistes con una prima suya que se llamase Segunda —, o Remigio Piñón Libre, o cosa que lo valiese... Y créanme ustedes que no hay exageración.

Con Fe dialoga Esperanza (Irene Alba), de manera que ya puede imaginar el lector que no hay caridad para el público paciente. De todos modos, la obra, que desde el título hasta el apellido del autor se presta a todo juego de palabras, no da, en realidad, motivo para enfadarse mucho.

El auto de Fe no incita a que nadie se queme... ni a torturarse el magín en busca del susodicho juego de palabras.

Quedamos, por tanto, en que no juego... ¡Paso!...

"LA QUEMA"

Es lógico que, después de *El auto de Fe* — al mismo tiempo, mejor —, nos ocupemos de *La quema*, una obra de los Quintero estrenada en el beneficio de María Gámez — o Gómez, según quedamos hace días —.

La nueva producción quinteriana no hizo feliz al auditorio; es pesadita, con aproximaciones a pesa-

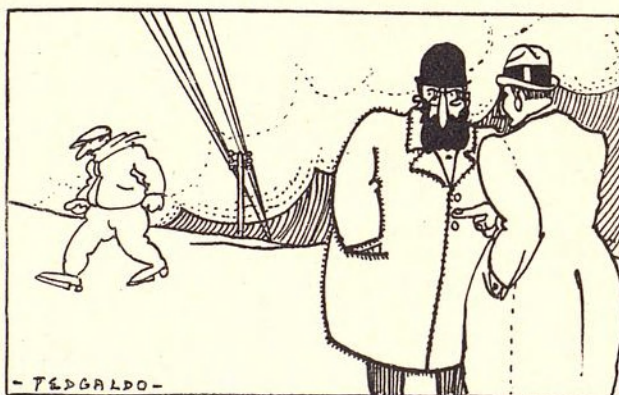
dota; contiene sedimentos filosóficos, etc., etc.

Puede condensarse la cosa en los magníficos e inspirados versos que la cierran con broche de oro:

«Si algún amor te ofrece paz y gloria,
no le preguntes a ese amor su historia.»

Claro es que a nosotros no nos achican los Quintero por pareado más o menos. En venganza cruel, les disparamos el que sigue:

Es de cualquier autor funesto vicio,
llevar una obra mala a un beneficio.



Dib. FEDGALDO. — Madrid.

— ¿Ves ese hombre? Pues antes era extraordinariamente rico, y ahora está completamente arruinado.

— ¿Empleó su fortuna en marcos?

— No; fué empresario de un teatro madrileño...

Y por si le parece mal, este otro:

En todo estreno gris fué nuestro lema
escaparnos huyendo de *La quema*.

Y ya estamos en paz, eso es...

¡ME "CAÍN"!

¿Ustedes recuerdan lo que dijimos desde estas mismas columnas con referencia al famoso Santacana?

Pues el hombre cumplió el fin para que fué creado: echó su *santacana* al aire.

No hemos de referir cómo se desarrolló el suceso, porque el asunto fué tan sonado como la primera actriz de su compañía dramática, que cuanto salía a escena, para dar, sin duda, una sensación de realidad, sacaba su moquero y... ¡duro, que es tarde! ¡Ríanse ustedes del

ruido que ha armado el famoso D. Millán con sus inventos e iniciativas!...

Pero volvamos al suceso.

Fué al final del estreno de *Caín*, emocionante drama — ¡emocionantísimo! — de D. Blas Medina.

Al público no le satisfizo la producción; pero el intérprete creyó en el célebre *punto redondo*, sólo porque lo había dicho Blas... ¡Y llamó descortés al público que no aplaudía!

Eso de los *bolcheviques* fué una *soirée* blanca comparado con la escandalera que se produjo.

También la crítica se produjo de tal forma, que Santacana acabó sus exhibiciones en el teatro de la Princesa.

Lo que dirá el autor, disculpándose:

— Mía no fué la culpa. Santacana se puso de tal manera, que, ¡Abell, me... *Caín* con todo el equipo...

OTRO ESTRENO

En el Infanta Isabel, el distinguido periodista señor Lorente pretendió resolver nada menos que *El problema de la vivienda*;

pero con lo caras que andan las casas en Madrid y lo poco que dará la obrita, no creemos que el señor Lorente lo haya conseguido...

Otra vez será.

PELEAS

Íbamos a anunciar el estreno en Apolo de la zarzuela del periodista Tellaeche y del maestro Calleja titulada *Las Mariscalas*; pero resulta que ahora lo que tenemos que anunciar es *La Presidenta*, del señor Germán y del maestro Vives.

Esto es, que los empresarios han tirado la otra obra a la *calleja* para dárseles de *vives*.

La Presidenta contra *Las Mariscalas*, ¿no os da una sensación de cosa poco seria? Algo así como de peleas de mujeres.

¿No?...

JOSÉ L. MAYRAL.

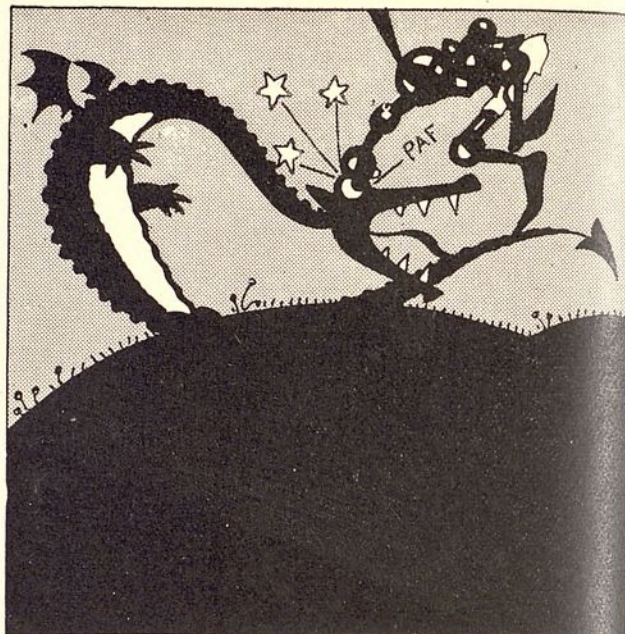


— ¡Señora!... ¡El niño se está tomando el bicarbonato del abuelito!...
 — Sí, chacha. Es para poder jugar después a los hambrientos rusos.

Dib. ECHEA. — Madrid.



1. — Noticioso el conde don Oppas de la cautividad de una hermosa doncella en poder de terrible dragón, se propuso libertarla.



2. — Y tras fiera y descomunal batalla con el endiablado monstruo, el valor del conde salió triunfante, y la hermosa dama fué libertada.

LA BARAJA DEL AMOR

(Epistolario cómicoamoroso.)

XXVIII



QUERIDO Chanito: Me pides en tu última carta un remedio heroico para curar a tu mujer. Difícil es llevar la tranquilidad al cerebro de una chi-

quilla celosa, máxime más cuando los celos tienen fundamento y justificación, cuando la mujer ha perdido la confianza que debe inspirar el marido. ¡No me digas que hace un mes que no sales de casa, porque lo sé! ¡No me repliques que es imposible mimar a una mujer que tiene celos de las amigas, de la modista, de las criadas, porque de sobra me sé que eso es tan insostenible como los celos del marido que en el teatro o en el paseo espía a su mujer y a cada cinco minutos le pregunta, enarcando las cejas y poniendo gesto de vinagre: «¿Te miraba aquel señor de la barba?...»

Sentado que uno y otra son insostenibles, volvamos a tu pleito.

Creo, amigo Chanito, que tu situación tiene ya difícil arreglo. Si hubieras acudido a mí antes de casado, quince días después de casado, cuando descargó la primera nube en vuestro nido, quizás hubiera yo tenido a mano el remedio para tu mal, quizás hubiera yo logrado que tu mujer no fuera celosa. Ahora ya me parece un poco tarde. De todas maneras, voy a procurar que mi experiencia alivie tu pesadumbre; ya que no te salves..., ¡que te alivies!

Tengo, como vas a ver, varios remedios para curar mujeres celosas. Te envío el que hasta ahora ha dado mejores resultados. Lo han ensayado con éxito varios amigos. Es como sigue: se pide a una amiga el señaladísimo favor de que escriba un anónimo dirigido, bien a la esposa, bien a la madre de la esposa, bien «a las dos enemigas del hombre»: ¡la suegra y su hija! En el anónimo se dice que el marido es muy sinvergüenza; que tiene una *fulanaria* a la que ha puesto un nido en Goya final; que la compra pieles, joyas, discos de Fleta, citarinas, aristones..., y que hace días comen juntos en un *reservado* de Niza, en la Bombilla.

Ya supondrás que los anónimos

no dicen verdad; esto se envía durante el mes en que el esposo, a causa del mucho trabajo, no sale de casa. ¿Qué tal?

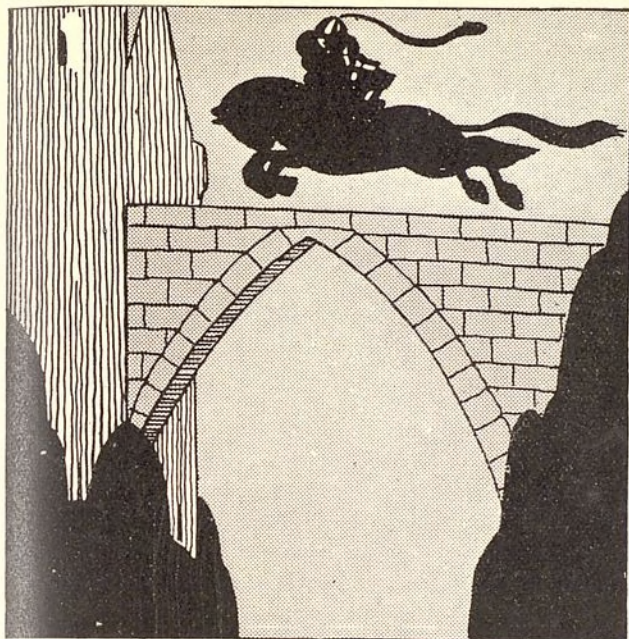
Esto es lo que lleva la tranquilidad al ánimo de la mujer más celosa. Los celos se acaban en cuanto ella comprueba que nada hay de cierto en lo que la denunciaron. Ahora bien: suponiendo que mi remedio sea como mano de santo, el marido debe seguir *sacrificándose* unos días más, para que la mujer celosa se confíe... ¿Comprendes?

Pasado algún tiempo, la mujer le cuenta al marido lo de los anónimos. El marido finge una rabieta atroz, y, en trágico, relata una historia que le ha *sucedido* a un amigo, con disgustos graves, divorcio, tiros... y ¡la ruina!

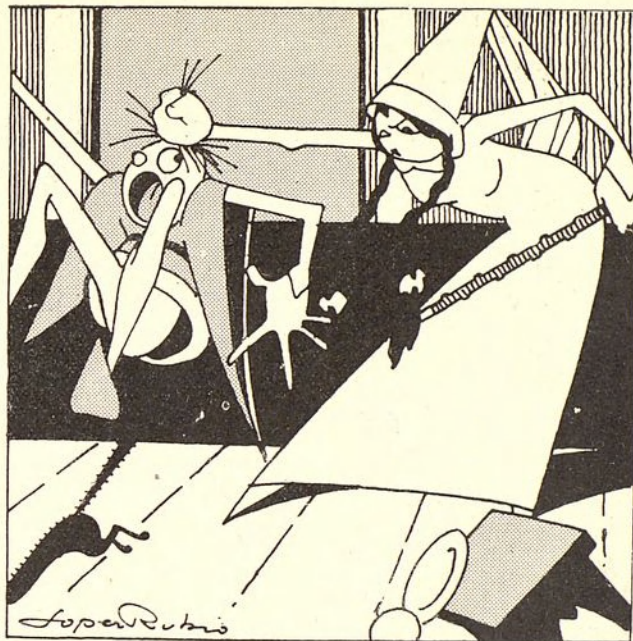
— Todo — insiste el tunante del marido — ocasionado por los celos de una mujer legítima que hizo caso a unos anónimos sin firma.

La mujer se aterra al escuchar el melodrama, y entonces sigue el esposo contando horrores.

— Lo más grave — continúa diciendo el marido —, lo gravísimo, lo doloroso, fué que, pasados unos cuantos años, la esposa, que, por cierto, se había quedado feísima, comprobó la infamia de que había



3. — Con ella llegó a su castillo henchido de júbilo, y el noble don Oppas hizola su esposa.



4. — Mas en la primera desavenencia conyugal, el conde ya dudaba a quién libtó: si fué al dragón o a la doncella.

Dib. LÓPEZ RUBIO. — Madrid.

sido víctima su marido, y le buscó, y se perdonaron, y vivieron toda la vida juntos; pero siendo dos infelices, dos desgraciados. Sobre todo ella, que, de tanto llorar, ¡pobrecilla!, se le habían ribeteado de *salchicha* los ojos.

Este consejo, querido Chanito, es mano de santo.

Los celos desaparecen casi siempre ante la perspectiva de la *salchicha*, máxime más si el anónimo lo ha dictado un marido inteligente y la *amanuense* ha simulado graciosamente las faltas de ortografía y la *nerviosidad* del momento...

Ya sé que puede ocurrir que quiebre en ti el sistema. Si esto sucediera, intentaremos una última estratagema, nos jugaremos la última carta. Si en lo que voy a comunicarte nos echan la contraria, debes ponerte en la vía del surexprés. El consejo que en última instancia debes utilizar como caso desesperado, es el siguiente:

Teniendo en cuenta que tu mujer sabe que yo soy tu mejor amigo, escribes una carta a una *fulana imaginaria* diciéndole que tu mujer debe haberse enterado de todo y que te hace la vida imposible, lo cual que estás preparando la huída a la Argentina.

La carta puede estar redactada en estos o parecidos términos:

«Elena: mi mujer lo debe de saber todo, y no me deja vivir. Me he decidido. Lo de anoche me convenció. Nos iremos a Antofagasta. Aquí no tendría valor; allí soy capaz de limpiar pozos negros. Mientras arreglo mis cosas, no iré a verte; no me busques, porque una imprudencia puede ponerme en el trance de quitarme la vida o degollar a mi mujer. ¡Adiós, mi vida! Prepara un retrato para el pasaporte.

«¡Adiós! Te quiere tu — Enrique.

«El chico te lleva veinte duros para estos días. — Vale.»

¿Comprendes mi plan? De seguro que no. Pues es sencillísimo, como verás.

Cuando escribas esa carta me la das, y durante dos días finges una gran preocupación en tu casa, hasta que logres alarmar a tu mujer. Entonces es cuando yo me presento con la esquelita, veo a tu mujer, la convengo de que te falta una semana para *sacudirte* seis tiros con la Star, por culpa de esa *golf*, que te persigue desde dos años antes de casarte, y a la que odias... Tu mujer se alarma y me dice aterrorizada:

— ¿Qué debo yo hacer para salvar a mi marido?

— Llévasele fuera de Madrid — la respondo.

— Lo intentaré — me replica —. Pero ¿con qué pretexto?

— Un estado neurasténico — insinúo —, cura de reposo, cambio de horizontes, tranquilidad...

Como supondrás, a tu mujer la dejo yo más suave que un guante, después de indicarle el plan que debe seguir para librarte de esa *arpía* que te quita la vida... Lo demás, viene solo. Tú te dejas vencer; aceptas todo cuanto tu mujer proponga para el *restablecimiento* de tu salud; os vais a la finca de tu cuñado quince días, y una buena mañana recibes una carta mía, en la que te digo que la *fulana imaginaria* se ha marchado a París con un *supertanguista* del *Palás*. Entonces tú, con la carta en la mano, haces una escenita de comedia, diciéndole a tu mujer:

— ¡Elena, me has salvado!

Si pones velada la voz, si sabes llorar, y mejor aún, si finges al llorar una congoja, habrás conquistado la tranquilidad del hogar y tu mujer no volverá a tener celos en la vida, a menos que te *arregles* otra vez, bajo el mismo techo conyugal, con la nueva institutriz de tus cuñadas. Porque, Chanito de mi

vida, yo los he conocido frescos; pero como tú, no hay para hacer un tute. Yo creo que si vas al Ecuador tienen que encender la calefacción central.

Y nada más, Chanito. No dejes de tenerme al corriente de lo que ocurra con mis *medicamentos*; quiero

saber su resultado para en su día publicar una estadística que tendrá que leer.

¡Adiós, golfo! Dispón de mí como quieras, que ya sabes cuánto te quiero, y que sólo deseo contribuir a que seáis felices Elena y tú, cosa que puedes conseguir, sin perjuicio

de banderillear por las afueras y sin que se enteren... ni las banderillas.

Tuyo cordial,

RAMÓN.

Por la goma y las tijeras,
que no saben firmar,

TORRES-ASENJO



DE VIAJE

— ¿Me hace usted el favor de decirme cómo sigue la carretera?

— Muy bien, señorito; ¡muchas gracias!... Hemos tenido un chico muy hermoso...

Dib. ZAMORA. — Madrid.

CAÑO LIBRE



CHENTA y dos venerables senadores, convencidos de que la vida es plácida, de que la agricultura es la base de la prosperidad de la

nación y de que hay que protegerla a todo trance, han votado una ley en que se prohíbe terminantemente la entrada en España de trigos extranjeros.

Otros siete senadores, entre los cuales estaba el alcalde de Madrid, votaron en contra, porque decían, y con razón, que eso equivalía a encarecer el pan, para enriquecer a unos cuantos almacenistas y negociantes; pero los ochenta y dos dieron a entender que a ellos ese encarecimiento y todos los que pudieran venir les tenían sin cuidado, puesto que para contrarrestarlos les regala el país 500 pesetas mensuales; y como ochenta y dos son más que siete, y las leyes las hace la mayoría, la prohibición quedó acordada, y el pan subirá hasta costar una peseta el kilo, que es el bello ideal de trigueros, harineros, tahoneros y demás fuerzas vivas...

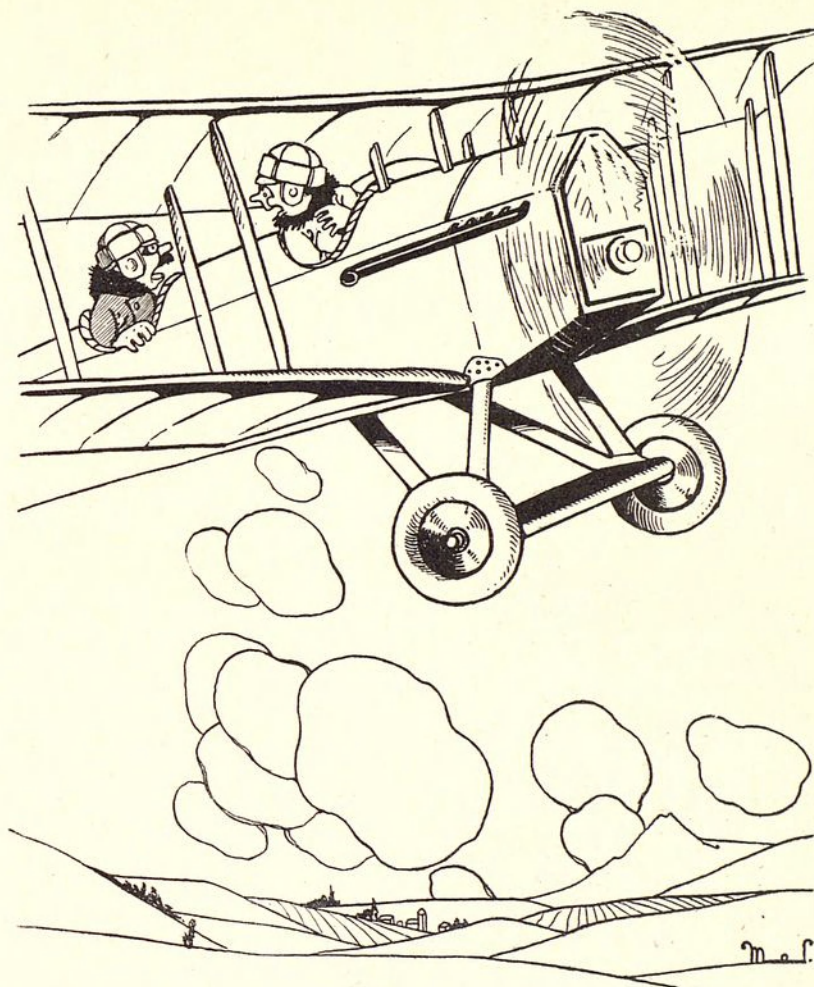
Ahora bien, como decían los antiguos oradores parlamentarios: cuando el hambre de Rusia se corra por estas latitudes — lo cual no tendría nada de particular, dado ese desmedido afán de proteger a diestro y siniestro —, si llegamos también aquí hasta la antropofagia, ya sabemos a quién colocar primeramente en las parrillas.

A los ochenta y dos senadores responsables de que se acaben las libretas, para que se convenzan de que no se puede dejar sin comer a los demás sin exponerse a que se le merienden a uno...



No todas han de ser desdichas. El señor presidente del Consejo de Ministros nos ha dado una satisfacción muy grande, porque, hablando de Marruecos, ha declarado con toda formalidad que tal vez no transcurra mucho tiempo sin que el Gobierno dé por terminada la campaña.

Es de suponer que el Sr. Sánchez Guerra habrá consultado el caso con Abd-el-Krim, y que éste estará conforme. Porque sin la conformi-



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

EL PILOTO. — ¡Se me acaba de romper la palanca!...

EL PASAJERO. — ¿Y qué hacemos?...

EL PILOTO. — ¡El testamento!...

ded de Abd-el-Krim, dándose por vencido; sin la espontánea confesión de los rifeños, considerándose terriblemente castigados por las matanzas de Annual, Monte Arruit y Zeluán, y sin la declaración de los prisioneros de que está satisfecho el honor nacional en cuanto los rediman a metálico, eso de dar por terminada la guerra no es tan fácil como parece.

Porque son necesarias dos condiciones indispensables:

Primera, que el enemigo la dé también por concluida.

Y segunda, que la conclusión no sea tal que se nos caiga a los españoles la cara de vergüenza.



Recordarán ustedes el revuelo que produjo la combinación de al-

tos cargos militares cuando parecía que iban a dar principio las operaciones decisivas.

A la gente, que no entiende nada de estrategia, los traslados y los relevos en semejantes circunstancias le parecieron una sarta de disparates; pero como el Gobierno en este punto no permite que tenga nadie opinión, puesto que él tampoco la tiene, los comentaristas se callaron, esperando que el tiempo diera la explicación de lo que parecía absurdo.

Ya ha llegado, a Dios gracias, y ahora es cuando se comprende todo.

¿Saben ustedes lo que ha hecho el nuevo comandante general de Melilla, en cuanto substituyó a Sanjurjo y tomó posesión del cargo?

Publicar un enérgico bando enca-

reciendo la persecución y castigo de la blasfemia en campamentos y cuarteles.

Por lo visto, los soldados que llevan nueve meses estableciendo blocaos, haciendo aguadas, escoltando convoyes y aguantando paquetes, se distraían de tan monótonas ocupaciones echando ajos y diciendo palabras feas, y ésa era indudablemente la causa de la lentitud de las operaciones.

Ahora, en cuanto la tropa se acostumbra a decir a cada paso: «Ave María purísima», «Alabado sea el Santísimo Sacramento», «Dios nos ayude, hermano» y otras frases piadosas por el estilo..., ¡ya verán ustedes el paso que llevan los beniurragueles!

¡Y no haber caído antes en la cuenta!

Pronto hará dos semanas que Romanones pronunció su transcendental discurso en Sevilla, y aunque he empleado casi todo ese tiempo en sacar algo en limpio, me he quedado como si el orador hubiese sido D. Melquiades.

El señor conde, después de habernos hecho creer que él tiene la fórmula para acabar en seguida y honrosamente la guerra de Africa, y de haber anunciado la conferencia con bombo y platilla, no ha dicho absolutamente nada.

Que si el protectorado, que si Francia, que si la acción civil...; vaguedades y armas al hombro.

De cómo piensa rescatar los prisioneros, repatriar las tropas y vengar a las víctimas de julio, no ha dicho una palabra.

De modo que, para ese viaje a las orillas del caudaloso Betis, podía D. Alvaro haberse ahorrado las alforjas.

SINESIO DELGADO.

TITIRIMUNDILLO

— *Estoy contento. Ya tienen los guardias bicicletas, motocicletas y automóviles.*

— *¿A ti qué?*

— *¡Toma! Que dejarán libres las plataformas de los tranvías. ¿Te parece poca ganga?*

— *Vengo del concierto de ese artista, y no había nadie.*

— *¡Naturalmente! ¿No ves que se ha anunciado como solista? No se han atrevido a acompañarle.*

Dice un periódico: «Las regiones españolas, ¡que sean todas iguales!»

Eso es. ¿Por qué no ha de tener

playa Zamora teniéndola San Sebastián? ¡Y hay que ver lo bien que le sentaría el Campo Grande de Valladolid a Castellón de la Plana!

En el circo, mientras se da resina en pies y manos, un acróbata dice a su compañero:

— *Estoy triste. He perdido a mi suegra.*

— *Paciencia, Bob. Ya sabes que en este mundo hay que resinarse a todo.*

«Le quitan el dinero en la escalera de su casa.»

Esos ladrones son considerados. Así se ha llevado el disgusto sólo el robado, mientras que, dentro de su casa, hubiera participado la familia.

«Al proclamar como sonora trompa de gastado fonógrafo...»

¡Pero si ya los fonógrafos modernos no tienen bocina!

Sin contar con que la bocina no es trompa.

¡Ni un bocinazo es lo mismo que un trompazo!

Heraldo de Madrid ha publicado los retratos de dos niñas norteamericanas, de nueve y once años, que se interesan por la política.

¡Desgraciadas! Tan jóvenes, y ya metidas en malos pasos.

«Los penados de Ocaña piden que se les haga gracia de indulto.»

¿Un indulto, y además con gracia? Ya se contentarán con que se le den, aunque no tenga ningún chiste.

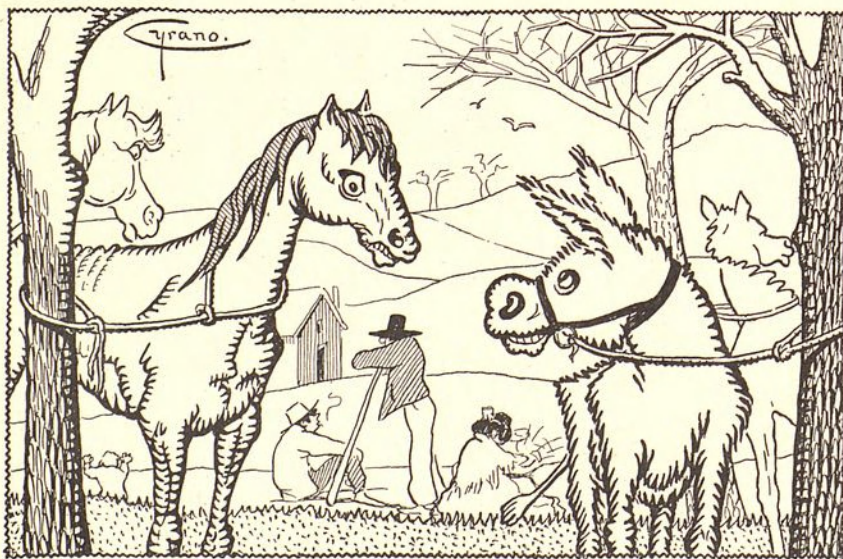
«El profesor inglés Henry Lewis, especialista en el juego de carambolas con la nariz.»

¡Anda, lo mismo que Sánchez de Toca, que fué presidente del Consejo también por carambola, y a nariz no le gana el profesor inglés!

«Los moros se dejan matar porque ansían ir al Paraíso.»

Eso lo piensan porque se sientan en el suelo.

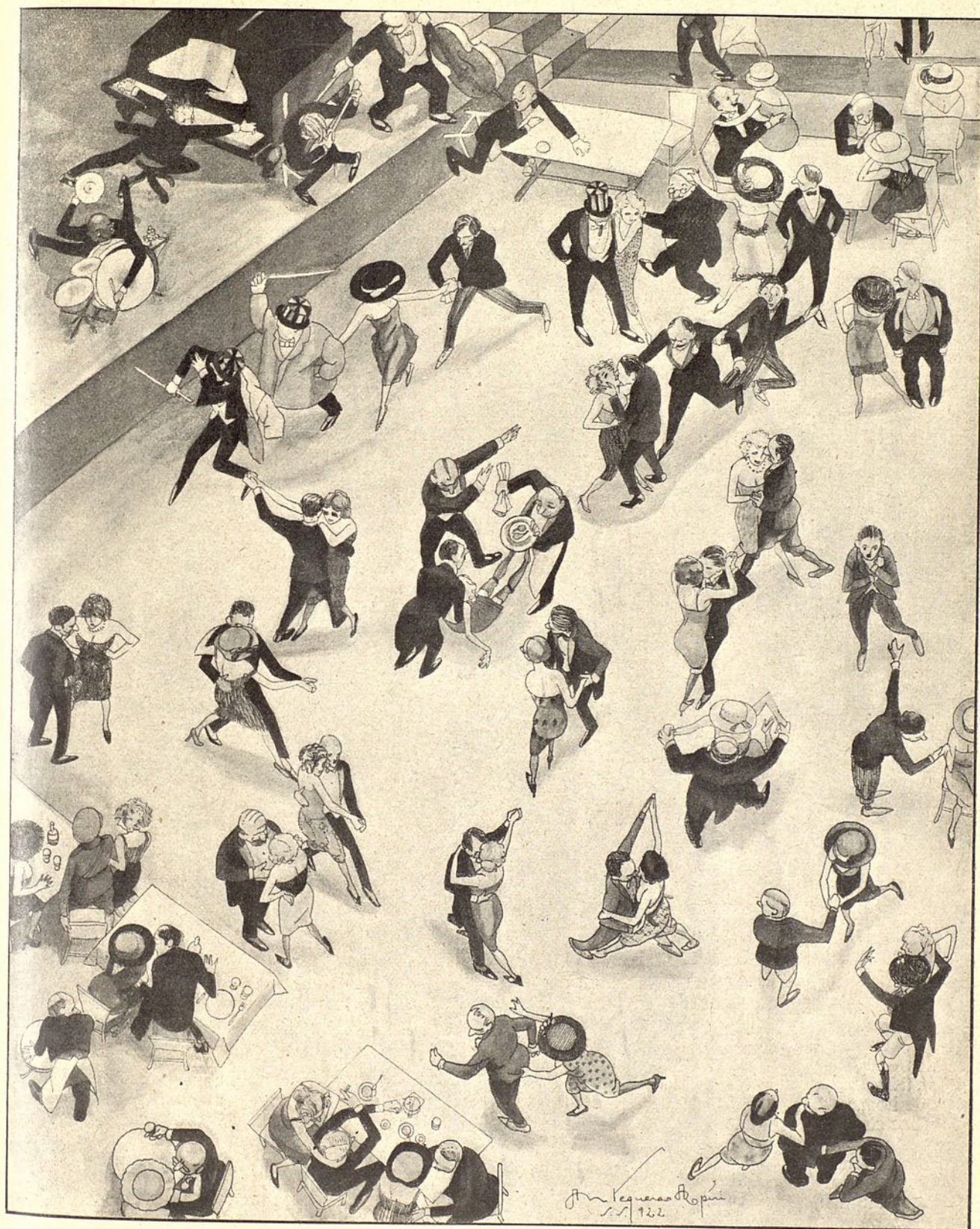
Si estuvieran sentados en butacas, no querrían ir al paraíso.



MALDICIÓN GITANA

Dib. CYRANO. — Madrid.

EL BURRO AL CABALLO. — *¡Permita Dios que te veas en la plaza de toros y con una harpillera encima!*



UN TANGO SÚPER CON YA-SEVAN

Dib. ANTEQUERA AZPIRI. — San Sebastián.

LO QUE LLEVAMOS EN LA CABEZA ==



A variado muchísimo lo que lleva dentro de la cabeza el hombre. Una célula cerebral del pasado y otra del presente, puestas en la linter-

na del microscopio, darían proyecciones distintas: la del pasado, coloreada, pasmada, con paisaje; la del presente, grisácea, cinematográfica, atestada de cosas.

En muchas cabezas de hombres de este siglo hay todo un teclado de máquina de escribir, y son como hombres que llevan en la cabeza una Yost o una Corona.

Teclea en esas cabezas constantemente la máquina, y sus células nerviosas han tomado un tipo articulado como el de las largas palanquetas de cada letra. Y aquellas fibras nerviosas de antes, en forma de bastoncitos o de racimo, han variado, y muchas veces, en las enfermedades de esos hombres, sería ocasión de llamar a un mecánico de una casa de máquinas en vez de llamar un médico. Lo que ha pasado en las gripes de esos hombres es que la tripa que tira del carro se ha salido de sus carretes, o que ha habido un enredo de matrices, o que el tinte-ro está muy seco.

Cuando son epidémicas las enfermedades de estos hombres que llevan una máquina de escribir en la cabeza, es cuando se varían los cuadros de las letras y se colocan en distinto sitio la *b* o la *c* o la *h*. Eso que unos técnicos especiales deciden por sí y ante sí, trastorna a muchos miles de hombres.

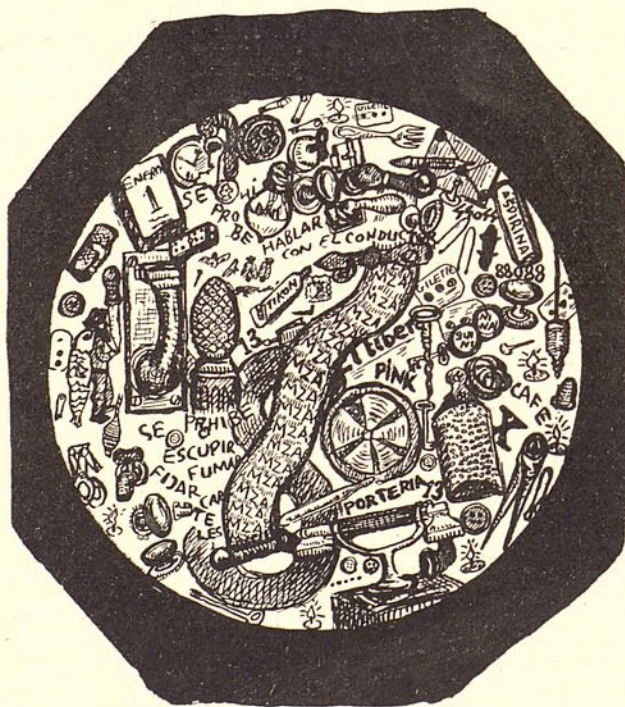
Muchos casos particulares de cabeza profesional podríamos estudiar en este artículo; pero, para generalizar más, presento una célula cerebral vista al microscopio, y en la que se encuentran cosas extrañas en un conjunto abigarrado y curioso.

Entre los muchos casos de células que tengo observados, ésta cuyo esquema reproduzco, es la que más se repite en la generalidad de los



hombres normales. Lo primero que nos sorprende en esa observación de las células imaginativas del hombre moderno, es la profusión de picaportes y de fallebas que llevamos en la cabeza.

El bolinche ese ahuevado y dorado con que se ofrece siempre para ser abierta la puerta de nuestras habitaciones, está casi metalizado y formado ya con plástici-



dad enquistada en las células de nuestros cerebros.

Todos podemos decir que llevamos un picaporte en la cabeza, quizás por como se ha repetido en

nuestras miradas y resume el sistema de todos los cierres.

Entre las cosas heterogéneas que hay en nuestros cerebros, se da el caso repetido de encontrar una de esas piñas de cristal azul o morado en que comienzan las balastradas de las escaleras, un rayador de cocina, una mirilla de puerta de piso, un grifo metálico, varias llaves de la luz eléctrica, así como varios enchufes perfectamente acusados, con su tipo de gatos vigilantes.

Numerosos botones he encontrado también en el estudio de las células comparadas, siendo también cosas en que coinciden casi todas las células de los cerebros contemporáneos, un termómetro, un teléfono, un sacacorchos, la plumada, un compás, un dedal, algunas horquillas, y, como caso curioso, el hombre ése del anuncio del hígado de bacalao, con su gran bacalao a la espalda.

Un detalle alarmante de todas las células nerviosas modernas es que abundan en ellas hojas perdidas de Gillette, siendo temible el encontrar esas láminas tan cortantes, que están desperdigadas por la imaginación.

La *S* de Singer se proyecta en los cerebros actuales recogida de los anuncios de las esquinas y de la rotundidad de ese reclamo, y también es curioso encontrar en las células de casi todos los hombres que han viajado un poco la imagen de uno de esos tiros para levantar los cristales de las ventanillas de los trenes, coincidiendo en todos con uno de la línea de Madrid a Zaragoza y a Alicante.

Estudiando con paciencia el parecido de nociones vulgares que suelen abundar en las cabezas contemporáneas, nos encontramos con que no son muchas, después de todo, las obsesiones fijas que abundan con monotonía en todos los cerebros...

Coinciden en esas cosas que reproducen.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Dibujos del escritor.



Dib. ALFARAZ. — Madrid.

— ¿De dónde eres tú?
— De Higuera.
— ¿Partido?
— Socialista.
— Y ¿qué entiendes tú por socialista?
— Pues... pagamos un real todas las semanas, y los domingos nos echar un discurso.



Dib. ABAD. — Valencia.

— ¡Muchas gracias!... Si necesita usted algo del suelo, yo se lo cogeré.

PELILLOS A LA MAR

De cartas hay un sin fin
que, entre otras diversas cosas,
noticias traen de Pekín
por todo extremo curiosas.

Los chinos, que en el yantar
van ya *ilustrando* el arroz,
se quieren modernizar
de una manera veloz.

Los soldados amarillos
no sólo, por lo que leo,
manejan bien los palillos
del armamento europeo,
y reciben instrucción,
y llevan traje sin faldas,
con guerrera y pantalón,
y mochila en las espaldas,
sino que pronto tendrán
modernización completa,
porque casi todos van
a cortarse la coleta,
trocando cada guerrero.
en su testa lisa y dura,

la coleta del torero
por la corona del cura.

Ahora bien: yo sé de cierto
que aquí hay calvos de verdad
(pues la calvicie no ha muerto,
aunque está de gravedad),
que, en vista de lo expresado,
piensan usar al instante
(para arreglarse el peinado
de una manera elegante)
trenzas de chino caídas
al golpe de la tijera,
y hasta Madrid conducidas
en travesía ligera.

Por cierto que este capricho
no sólo de damas es,
pues un personaje ha dicho
que le manden dos o tres,
igual que una tal Consuelo,
que ha escrito al chino Pom-Pon
que le remita su pelo
para taparse el melón.

Con esto, los caracteres
de los chinos, tras el viaje,
llegarán a las mujeres,
y también al personaje;
por lo que al tal, aunque es fino
y abunda en sagacidad,
le engañarán como a un chino
con suma facilidad.

Sabiendo, pues, las coquetas
y los calvos de esta villa
el saldo que hay de coletas
en la nación amarilla,
que dirija, el que su frente
quiera orlar con buena crin,
una instancia al presidente
de los chinos de Pekín,
y él dirá a su *secreter*:
— Manda pelo sin tardar.
No te aflijas, ¡qué moler!
Y ¡pelillos a la mar!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

TOROS EN VICÁLVARO

UNA COGIDA GRAVE

(De nuestro enviado especial.)

Vicálvaro, 6 (3 tarde). — Hay gran expectación presenciar corrida mano a mano diestros localidad *Mangas y Pescuezo II*. Hora empezar, plaza pueblo presenta magnifico aspecto. Presidente, que ocupa lugar campanario iglesia, agita campanilla. Cuadrillas hacen paseo. *Mangas* luce rico traje pana oro; *Pescuezo*, uno percal francés.



Vicálvaro, 6 (3,30 tarde). — Primero. Berrendo negro, atiende por *el Gato*. Corto pitones; pero bravo. Es toro bandera, sólo que media asta. Su bravura es tal, que si alguna vez vióse toro como *el Gato*, seguro que en muchas plazas no se ven cuatro *Gatos*.

Toro toma vara propínale desde un carro director banda municipal; luego fijase otro carro; pero no entra en varas. Total: *Gato* no deja ninguna sardina para arrastre.

Mangas salir quite es cogido, mientras *Pescuezo* hablaba unos amigos. Viendo público que *Mangas* ha sido cogido por *Pescuezo*, promueve formidable escándalo.

Banderilleros distingue *Bolinche*, coloca buen par, algo abierto. Un palo queda toro; otro, fuélese mano, prendiósele presidente en liga derecha.



Los matadores, antes de la corrida.

Mangas acércase estrellas variedades presencian corrida sentadas sobre boca riego, y brinda por estrellas de la boca *Mangas*. Tercer pase obsérvese *Mangas* cojea. Pide otra muleta. Larga buen pase tirón; pero donde da la nota es en dos de pecho. Cuadra bicho; entra matar; estocada trasera. Público protesta; dice por allí estaba ya agujero hecho. Presidente regala *Mangas* billete cinco duros. Aunque hay palmas, matador no da la vuelta.



Vicálvaro, 6 (4 tarde). — Segundo. Atiende *Capirote*, azul eléctrico, botinero, calcetero, zapatero, trabajador honrado. De salida coge *Mangas* estaba distraído y llévaselo cuernos. (*Emoción.*) Espada hace esfuerzos por coger la moña; pero no la divisa. Gente preguntase qué va hacer de *Mangas Capirote*. Junto fuente plaza suéltalo, sin que, por fortuna, arrojado diestro haya sufrido otra cosa. que corte prodújose él mismo arponcillo divisa. Resumen: un corte de *Mangas*.

Manofuerte no logra poner ninguna vara; sol pica.

Banderilleros turno no consiguen tampoco prender palos, eso que público pedía grandes voces que los prendieran.

Pescuezo encuéntrase toro grande, alto agujas, bravo. Segundo pase pide permiso ir ver tía suya enferma. Presidente, buen acuerdo, lo deniega. Contrariado espada, entra matar: coloca estocada contraria pezuña pata derecha, sufriendo agudo dolor estómago tanto atracarse.

Unos piden métanlo cárcel; otros fusilen inmediatamente.

División de opiniones.



Vicálvaro, 6 (4,35 tarde). — Tercero. *Casquero*, ojo de perdiz, cabeza de vaca, agujas de ternera. Bisco derecho, respetable protesta. *Mangas* afirma no ser nada lo del ojo.

Terminar quite, *Mangas* pone montera testuz. (*Palmas.*) Rematar siguiente, pónese público por montera. (*Pitos.*)

Pide banderillas, y acercándose a *Pescuezo* le da un par de palos, que se aplauden por los *manguistas*. Hace extraño toro, *Mangas* clávase palitroques labio superior; pasa enfermería con un par en el morrillo. (*Ovación.*)

Pescuezo quédase amo cotarro. Larga pinchazo malo, que toro escupe; otro, que vuelve a escupir; otro, otro, otro, otro, otro, otro, otro, otro, otro, otro, que el toro escupe. Por fin fallece tuberculosis pulmonar.



Vicálvaro, 6 (6,20 tarde). — Cuarto y último! Público sigue comentando pesadez y duración faena Pescuezo toro anterior. Muchos espectadores han puesto telegramas familias tranquilizándolas.

Salida toro arrojase capitalista intenta cambiar cheque vista. Bicho empitónale, diciéndole no me choca cheque, chico. Pescuezo quite, échase capote espalda. Lluve. Banderilleros cumplen quincena.

Matador resbala, cae ante fiera. Toro híncale cuerno. Espectadores, horrorizados, tápanse cara. Conducido enfermería, toro dobla.

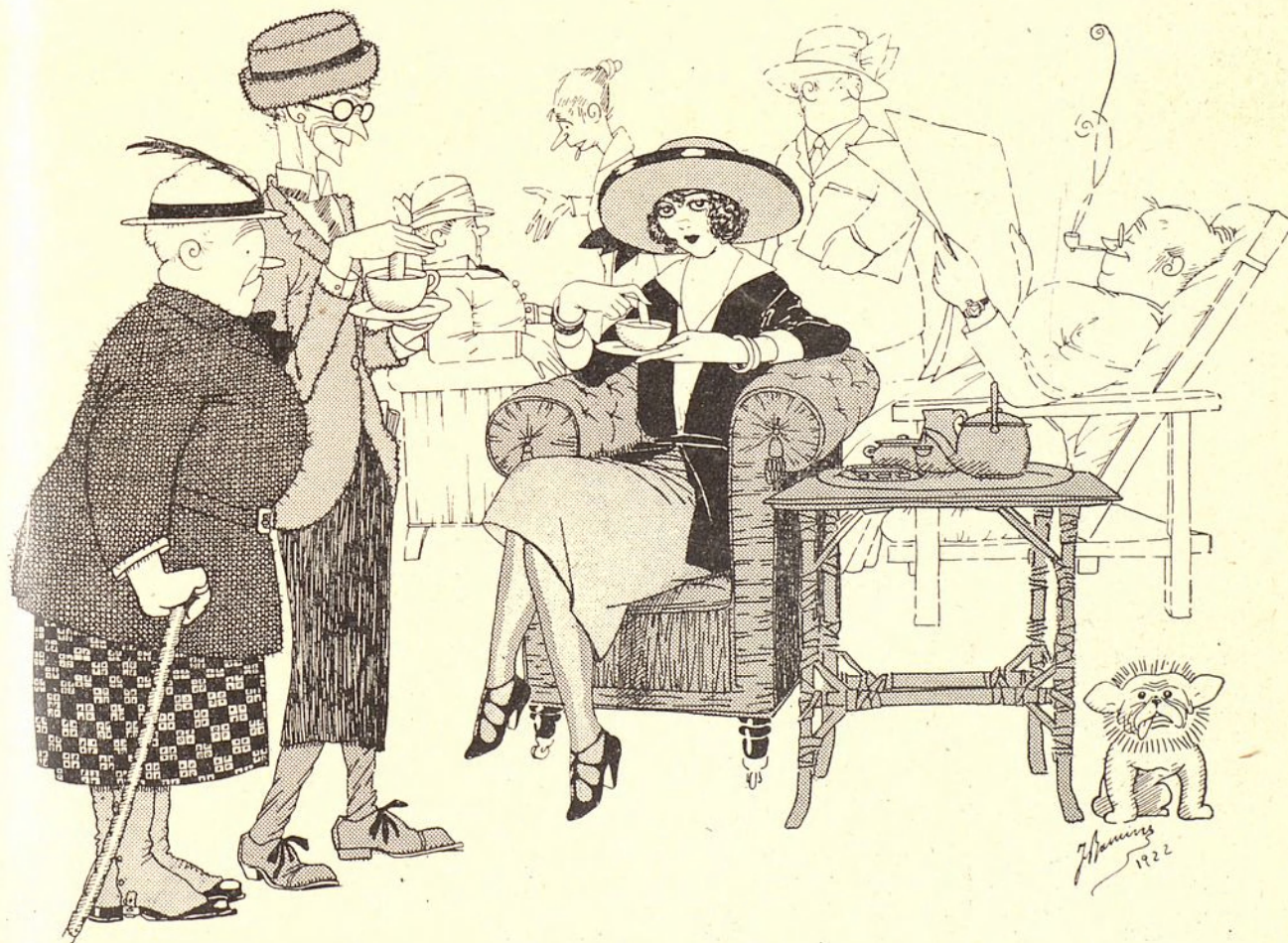
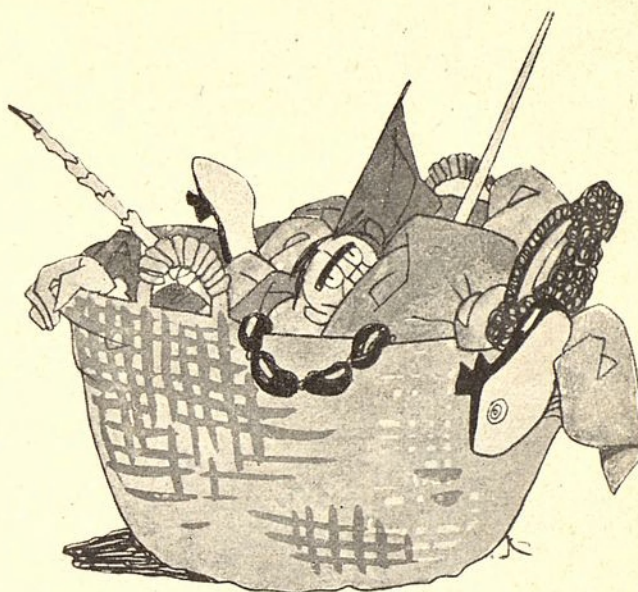


Vicálvaro, 6 (10 noche). — Parte facultativo: «Durante lidia cuarto toro ingresó está enfermería José Expósito Pescuezo II; sufre cornada vientre, sin orificio entrada; otra región glútea, sin orificio salida. Puntazo corrido pierna derecha, desgarramiento tejidos blandos en la media de dicha extremidad. Pronóstico grave.» No obstante, podrá torear próximo domingo, aunque dúdase encuentre dónde.

Ilustraciones del mismo.

K-HITO

Los matadores, después de la corrida.



EN EL «LORO CLUB» (SOCIEDAD DEFENSORA DE LOS DERECHOS DE LA MUJER)

Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

— Y usted, señorita, ¿también está desengañada de los hombres?

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL ARQUERO DE LOS DIENTES

PICADOS (drama dentario), por Cami.

PRIMER ACTO

La prometida del arquero.

La escena representa la casa de la prometida.

LA PROMETIDA (*viendo entrar al arquero*). — ¿Eres tú, querido Ogier?

EL ARQUERO. — Yo soy. Vengo de la guerra.

LA PROMETIDA. — ¿Vienes herido?

EL ARQUERO. — Sí. Cuatro dientes picados por las flechas enemigas.

LA PROMETIDA. — ¡Dios mío! ¿Cuatro dientes atravesados?

EL ARQUERO. — Sí. En el momento de abrir la boca para bostezar.

LA PROMETIDA. — ¡Qué fatalidad! No puedo casarme contigo, querido Ogier.

EL ARQUERO. — ¿Por qué?

LA PROMETIDA. — Por tus dientes picados. La mala dentadura engendra la mala masticación; la mala masticación origina las malas digestiones, y las malas digestiones estropean el estómago, y las personas de estómago delicado tienen muy mal carácter. Así no podríamos ser felices. ¡Adiós! (*Sale.*)

EL ARQUERO. — ¡No he de perder la esperanza! ¡Iré a casa del dentista! (*Sale corriendo.*)

SEGUNDO ACTO

En casa del dentista.

La escena representa la casa de un dentista.

EL ARQUERO (*al dentista*). — Tengo cuatro dientes picados. Vengo a que me los emplome usted.

EL DENTISTA. — Lo haría con mucho gusto; pero el emplomaje no está inventado todavía. Lo que en todo caso puedo hacerle es rellenarle

los dientes con estopa. Esto es lo que ahora se acostumbra.

EL ARQUERO. — Sí; pero yo soy fumador: la estopa se inflama muy fácilmente y es facilísimo el incendio.

EL DENTISTA. — Esta clase de siniestros son poco frecuentes. En todo caso, es prudente asegurar sus dientes contra incendios.

EL ARQUERO. — Sí; pero esto será muy caro. ¿No hay otros procedimientos?

EL DENTISTA. — Le puedo partir a usted los dientes con un martillo. Una vez fuera todos los dientes, le colocaré a usted una dentadura de ocasión, fabricada con dominós viejos, fuera de uso.

EL ARQUERO. — Mi prometida no aceptará nunca una dentadura de

dominós viejos. Mi ilusión está rota. Volveré a la guerra. (*Sale de casa del dentista.*)

TERCER ACTO

La toma del castillo feudal.

La escena ocurre delante de los muros de un castillo feudal.

EL CAPITÁN DE ARQUEROS (*a los arqueros*). — ¡Vamos a tomar por asalto el castillo feudal!

UN ARQUERO. — Capitán, no tenemos flechas.

EL CAPITÁN DE ARQUEROS. — No importa. Vosotros silbaréis para imitar el silbido de las flechas. El enemigo no se dará cuenta de la superchería. (*Los arqueros comienzan a escalar los muros.*)

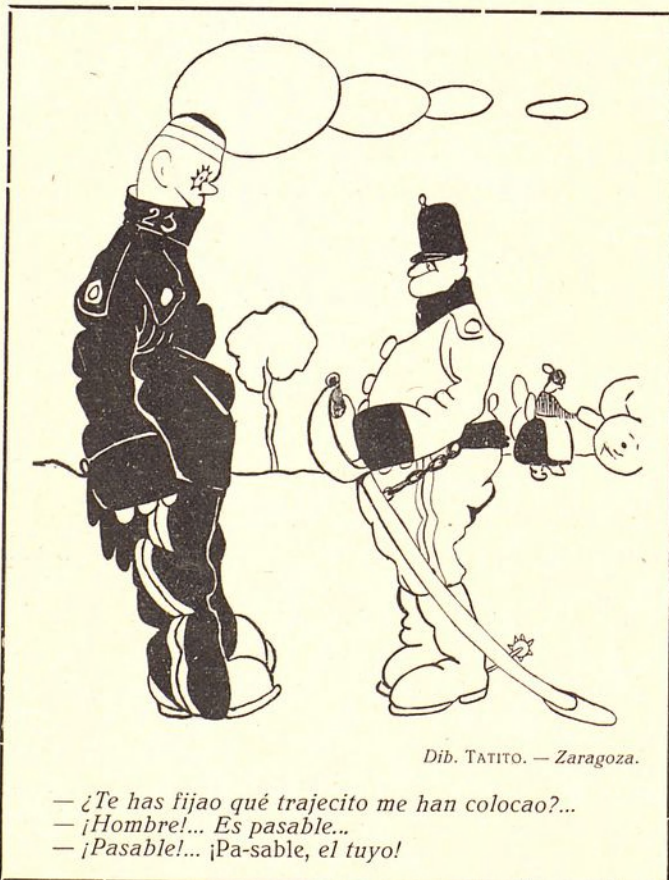
EL CENTINELA ENEMIGO (*viéndolos*). — ¡A las armas!...

(*Viéndose descubiertos, los arqueros no insisten, y se retiran atropelladamente. Sólo el arquero de los dientes picados, que quiere morir, se lanza al asalto. Abre la boca para gritar «¡Adelante!» en el mismo momento en que desde lo alto de las murallas los defensores tiran, según costumbre de la época, plomo derretido sobre los asaltantes. El arquero de los dientes picados recibe una calderada de plomo derretido en la boca.*)

EL ARQUERO DE LOS DIENTES PICADOS (*entusiasmado*). — ¡Viva la guerra! ¡Al fin voy a poder casarme! ¡Mis cuatro dientes están perfectamente emplomados!

TELÓN

A. R. H.



Dib. TATITO. — Zaragoza.

— ¿Te has fijao qué trajecito me han colocao?...
— ¡Hombre!... Es pasable...
— ¡Pasable!... ¡Pa-sable, el tuyo!

UN SEÑOR AMABLE

Más de un cuarto de hora hacía que, impaciente con razón, hallábame el otro día a la espera de un tranvía en la plaza de Colón.

Recurrí al procedimiento natural en tal momento, fumar, y sólo me hallé una cerilla, que fué apagada por el viento.

En un banco vi a un señor de aspecto amable y sencillo, y le dije sin temor, enseñándole el pitillo:

— Usted me haría el favor...

Se puso en pie el caballero cortésmente (soy certero siempre que a alguien me dirijo), y en tono de hombre sincero:

— Con mil amores — me dijo.

Presuroso y deferente, me decía sonriente, palpándose con alán los bolsillos del gabán:

— Tengo un mechero excelente.

Pero en esta incertidumbre, mientras buscaba esa joya con que poder darme lumbré, asomó el once por Goya, más veloz que de costumbre.

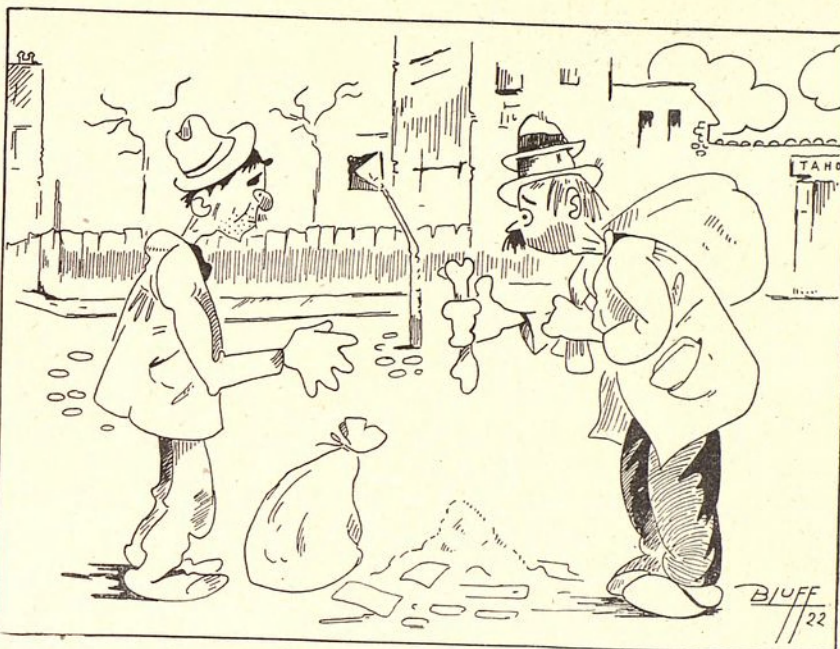
Y como no aparecía su mechero, y yo tenía que marchar: — No se moleste — le dije —; espero el tranvía, y quisiera tomar éste.

Saludé atento, y, sin más, pasó el travía y subí; pero con asombro vi que el hombre corrió detrás, diciéndome: — Ya está aquí.

Fué en verdad cosa bizarra ver a tan buen caballero, muy decidido y ligero, correr cogido a la barra ofreciéndome el mechero.

— No siga usted, por favor, o haga si no la merced de subir — dije al señor —. Y él, con terquedad mayor, repetía: — Encienda usted.

Como era hasta un desparpajo consentir aquel trabajo en que al buen señor veía, quise bajar del tranvía y él me impidió echarme abajo.



ENTRE POTENTADOS

Dib. BLUFF. — Madrid.

— ¡Hombre!... ¡Un hueso!... Si quisieras prestármelo... Hoy tengo un convidado en casa.

¡Válgame Dios, qué incidente! Con la más tierna sonrisa me dijo: — No se impaciente, por esta calle en pendiente no va el coche muy de prisa.

Mostrábase tan ufano, que, en vista de su finura, tomé el mechero en mi mano, ¡y estábamos ya a la altura de la calle de Zurbano!

Siempre agarrado al tranvía daba zancadas sin freno, y el mechero... ¡madre mía!, no resultaba tan bueno como su dueño creía.

Fingí dar una chupada, y le alargué agradecido su mechero; pero, ¡nada!, me dirigió una mirada y exclamó: — No está encendido.

La Providencia, clemente, quiso que en aquel instante se cortara la corriente. Encendí tranquilamente, y dije a mi acompañante:

— ¡Cuánto lamento haber sido la causa de este mal rato!

Y él respondió muy cumplido:

— Es para mí lo más grato servir a un desconocido.

Se fué, y hablando entre dientes, le oí estas frases dolientes:

— Ese es mi supremo goce:

¡que las personas decentes son las que uno no conoce!...

RAMIRO MERINO.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Agradeceríamos a los Sres. T. N. Miciano y Marín Feria, de Sevilla, y F. Ansuátegui y Fonseca, de Madrid, que nos han remitido dibujos, nos comunicaran su dirección, para tratar con ellos un asunto de interés.

A. Mil y Via. Madrid. — Es muy cochinillo, y esas cosas no nos van.

F. A. C. Zamora. — V. M. de L. Vitoria. — J. I. Barcelona. — Boris. Melilla. — No sirve.

L. F. Madrid. — El lugar de la acción es muy socorrido. El asunto, viejísimo y con algunas notas de mal gusto. ¡Otra vez será!... Porque usted es de los que reinviden.

El Hurón. Madrid. — No nos gusta usted

CUPÓN

correspondiente al número 23 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso de chistes o como colaboración espontánea.

CUPÓN

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita con destino a los CONCURSOS

DE

BUEN HUMOR

ni como dibujante ni como literato. Si después de conocer nuestra modesta opinión sobre sus trabajos insiste usted en suscribirse a nuestro semanario, puede usted hacerlo dirigiéndose directamente a nuestro administrador

R. M. H. Gijón.—Muy bien. Se publicará.

Jaime. Madrid.—Está muy bien; pero mientras no dibuje usted con tinta china, no será reproducido ninguno de sus trabajos.

Cripto. Córdoba.—J. M. S. Madrid.—Godínez.—Rak.—F. R. Madrid.—Cotillo.—J. M. Madrid.—Pealver. Pueblo Nuevo del Terrible.—Tolito.—R. T. y A. F.—C. F. Madrid.—No son publicables.

Pollito. Madrid.—¡Qué mono! ¿No tiene usted a mano otro asunto más nuevo, y, sobre todo, más decentito, pollito?

Mondragón. Barcelona.—No están mal dibujados; pero debía usted hacerlos un poco mayores. De reducirlos ya nos encargaremos nosotros.

J. B. Valencia.—Los chistes que nos ha enviado usted merecen, por su ancianidad, todos nuestros respetos.

Cardenio. Almería.—Los dibujos nos gustan mucho. Los pies no nos gustan nada. No nos metamos en filosofía, que nos vamos a poner muy tristes, Cardenio amigo.

Arturito. Madrid.—Sí, señor. Es publicable, y se publicará.

J. M. A. Madrid.—Es muy largo y tiene poca gracia. Mande usted otra cosa; pero, ¡por Dios!, que el protagonista no se llame don Homobono. Tenemos archivados más de seiscientos originales con el mismo personaje.

A. M. Madrid.—Siempre domina usted mejor el género epistolar, aunque esta vez el cuento es muy recomendable; pero no para nuestra revista. ¿No coincide usted con nosotros en que difiere de nuestro carácter, sobre todo en el final? Como nosotros tenemos que arreglarnos de todos modos, mande usted otra cosa más festiva, a ver si nos ponemos de acuerdo.

L. C. R. Madrid.—A usted no le falta más que saber escribir para ser un gran literato. El fondo está al nivel de la forma.

B. G. de C. Santander.—No sabemos por qué al leerle a usted nos acordamos de Camprodón. Usted nos perdonará esta asociación de ideas, y nosotros, en cambio, le perdonamos los versos.

I. T. Madrid.—No sirve.

B. P. del A. Almería.—Tiene algunas cosas de gracia, unas originales y otras zañiguescas, y no las suficientes para publicarlo.

Efe. Valencia.—Muy bien la caricatura que remite; pero ya habrá usted visto que cultivamos poco ese género. Mande otras cosas.

J. de M. y B. Madrid.—Muy bien dibujado, aunque atrasado de procedimiento. Tenga usted en cuenta que de *Mecachis* acá han pasado algunos años.

Colmena. Madrid.—La historieta no fue admitida, y los dibujos de ahora, tampoco.

J. M. G.—Está bien. Lo publicaremos aligerándolo un poco, si buenamente puede hacerse.

Antúñez. Valladolid.—No, señor. No conocemos a ese caballero, ni ganas.

¿...?—Tenemos su cuento *Una novela original*; pero no viene firmado, y si alguna carta le acompañaba, no ha llegado a esta sección. Por eso no podemos contes-

Nomenclatura árabe

— ¡Hola, querida Juliana!

— Señora Edvigia, ¿que tal?

¿Ha llegado ya Juanito de Marruecos?

— Aquí está, completamente hecho un moro; entiéndase, en el hablar.

Hijo, saluda a Juliana y cuéntale...

— ¡Guarde Alah!

Yo, por ser farruco un día, herido leve en Zeluán; después pasar a Mazuza y no haber jamala-ja; estar luego en Beni-Sícar, Nador, Beni-Bu-Gafar, Ulad-Setut, Tafersit, Beni-Sidel, Beni-Said, Tensaman, Beni-Buifur...

— Hijo, ¿qué dices?

— Suai, suai...

Por mi conducta otro día felicitarle el bajá, y ante la jarca llamarme «Juan el Bueno, el Regular».

— Y esa medalla que llevas sobre la manta, ¿qué es, Juan?

— Ganarla yo en la Mehalla; ser una cruz militar.

— Hijo, de to lo que has dicho, sólo entendí el jamalá... Vámonos a casa pronto, y te daré de almorzar.

Por los interlocutores,

JOSÉ FONDEVILA.

tar al autor con su nombre. El cuento está bien, y aligerándolo un poco, puede publicarse. Escribanos usted.

Zacarias. Madrid.—Entra en turno.

Miosotis. Madrid.—La hemos conocido a usted, a pesar del seudónimo. Es usted la Tonta de la Pandereta.

Facundo. Madrid.—¿Cuántas veces quiere usted que digamos que aquí se paga todo lo que se publica? Todo, me-

A LOS FOTÓGRAFOS Y AFICIONADOS

Por cada fotografía de asunto humorístico que se nos envíe y publiquemos, recibirá su autor la cantidad de quince pesetas.

nos lo de usted, que, ¡claro!, no se publicará. ¡Adiós, Facundo!...

Sérvulo. Albacete.—B-c-rro.—C. E. S. Urepak.—Soliné.—Rafael. Madrid.—Alfonso.—G. de J. Dar Drius.—Perucho. J. L. de la S.—A. O. Avila.—¡Otra vez será, hermanos!

El Soldado Desconocido. Tetuán.—Sus dibujos están muy bien; pero, como usted mismo dice, no encajan en nuestro semanario.

Priego González. Madrid.—Mandarnos un dibujo de Abel Faivre, mal calcado y firmado por usted, nos parece el colmo de la frescura, amigo. ¡Cualquiera viaja con usted en la plataforma de un tranvía!

Felepa.—Aceptamos sus consejos. Su cuento no lo podemos aceptar.

A. J. Zaragoza.—Flip. Bilbao.—No sirve.

A. E. (hijo). Madrid.—No nos molesta usted así nos mande sus obras completas; pero si le aconsejamos que procure perfeccionarse, pues lo recibido hasta la fecha no nos convence. Puesto que se ha propuesto usted que le lancemos, por nosotros no hay inconveniente, siempre que nos mande cosas mejores y escritas por una sola carilla. ¿De dónde ha sacado usted ese cupón que nos envía? ¿Cuál es, y perdone nuestra ignorancia, su objeto? ¿Se puede canjear, efectivamente, por veinticinco céntimos? Porque se agradece el obsequio, si no viene usted con la aviesa intención de sobornarnos.

García. Tetuán (Marruecos).—Aceptados dos de sus dibujos.

Chesk.—Se publicarán.

Acilu. Madrid.—Idem.

S. T. (pintor). Madrid.—Le acusamos recibo de su cartapoema épico del 14. Agradecemos sus elogios, y sentimos por su caudal poético una enorme veneración.

E. R. F. de M. D. Dar-Drius.—¡Por Alá, que deseáramos poder complacerle! Pero con su *Jarabe de pico* nos es imposible. Usted nos enviará algo mejor. ¿Se lee mucho en esa posición BUEN HUMOR? ¿Qué dice Abd-el-Krim?

Tennis. Madrid.—¡Muy humorístico! Con decir que uno de ellos dice:

«Yo le conté mis fatigas a un Santo Cristo de piedra..., y cómo serían de grandes, que ni Cristo me contesta.»

se da uno cuenta de lo ameno que es usted cuando se mete a hacer cantares.

V. B. Madrid.—Está bien; pero es muy verde para nuestras castas páginas. Todo lo que se publica se cobra.

A. R. Madrid.—No da resultado.

El Capitán de las Pelucas. Barcelona. Insistimos en que nos gustan mucho sus cosas; pero que las creemos separadas de la índole de nuestro semanario. Haga prosa humorística, a ver si podemos ponernos de acuerdo, hombre.

J. de Melamio. Madrid.—El diálogo no nos convence, amigo. Los dibujos tampoco los creemos publicables.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A.—MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, crupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitoso perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.

A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA

en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



En agradecimiento: o de Madrid
SAN PEDRO. — Dice la Verónica que entres.

Dib. ALCALÁ DEL OLMO. — Madrid.